

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

CONTRATO CON EL MUNDO DEL HORROR

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

359 — Vencida por el espanto, *Ada Coretti*.
360 — El mal infinito, *Clark Carrados*.
361 — El gato que ríe, *Curtis Garland*.
362 — El genio de la muerte, *Clark Carrados*.
363 — Una suite en el cementerio, *Adam Surray*.

JOSEPH BERNA

CONTRATO CON EL MUNDO DEL HORROR

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 364
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 41.555 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Samantha Bonner acabó de secarse el pelo. Un pelo largo, dorado, precioso.

Su cara también era preciosa.

Y su cuerpo, escasamente cubierto por la corta bata de baño, tan descuidadamente cerrada, que sus jóvenes y altivos senos quedaban casi totalmente al descubierto.

Samantha desconectó el secador de mano y lo guardó en el armario, saliendo seguidamente del cuarto de baño, descalza.

Como no cerró la puerta, la luz del baño iluminó el dormitorio, sobre cuya cama, boca abajo, dormía un hombre.

Un hombre joven y fuerte, como lo demostraban los acerados músculos de sus brazos, espalda y piernas.

Esto podía apreciarse porque el tipo yacía desnudo, con la rosada sábana enrollada sobre su trasero, que era lo único que no enseñaba.

Dormía muy a gusto, a juzgar por los ronquidos que daba. Parecía un serrucho en plena faena.

Samantha Bonner se quedó mirándolo un instante. Sonrió.

Recordaba la magnífica noche que habían pasado juntos. Lo mucho que habían disfrutado los dos.

Robin Stockwell era un amante vigoroso y experto.

Y, como ella tampoco tenía nada de sosa ni de inexperta, ambos habían gozado hasta la extenuación.

Siempre era así entre Samantha y Robin.

Porque aquélla no era la primera vez que dormían juntos, ni mucho menos.

Samantha y Robin se conocían hacía ya mucho tiempo y siempre que él lo sugería, se iban a la cama y se daban la gran paliza amorosa, porque Samantha tratándose de Robin, siempre se hallaba dispuesta.

A Samantha le encantaba Robin.

Lo malo para ella, era que a Robin le encantaban todas y pasaba menos noches con él de las que ella querría.

Pero Robin Stockwell era así y así había que aceptarle.

Si Samantha intentase ponerle condiciones, no volvería a ver a Robin y ella lo sabía.

Y, entre verle de vez en cuando y no verle nunca, Samantha Bonner prefería lo primero.

Una noche con Robin valía por tres y eso la compensaba.

Samantha se acercó a los pies de la cama e hizo cosquillas a Robin en la planta del pie derecho.

Robin Stockwell interrumpió los ronquidos y encogió ligeramente la pierna.

Samantha ahogó una risita y volvió a juguetear con sus deditos en la planta

del pie de Robin.
Y qué pie.
Un cuarenta y dos, por lo menos.
Robin encogió más la pierna pero siguió dormido. Aunque no por mucho tiempo.
La traviesa Samantha no le dejó tranquilo el pie hasta que lo despertó.
Robin Stockwell levantó la cabeza de la almohada y la miró, por encima del hombro y con un solo ojo.
Era un tipo moreno, de facciones duras, muy varoniles y contaba veintiocho años de edad.
—¿A qué estás jugando, Samantha? —gruñó, porque le había fastidiado que ella le despertara.
—Tengo que irme, Robin, y no quería hacerlo sin decirte nada. Stockwell miró su reloj digital, siempre con un solo ojo. Rezongó una imprecación al ver la hora que era.
—¡Pero si sólo son las ocho y media!
—Lo sé —sonrió Samantha.
—¿Adónde diablos vas tan temprano?
—Tengo que estar a las diez en punto en cierto lugar.
—¿Qué lugar?
—No te lo digo, que te burlarás.
—No me burlaré.
—¿Seguro?
—Te doy mi palabra.
—Un director de cine está buscando una chica nueva para su próxima película y voy a presentarme —informó Samantha Bonner.
Robin Stockwell abrió el otro ojo y se quedó mirándola fijamente con los dos.
—¿Quieres ser actriz de cine...?
—Sí.
—¿Desde cuándo?
—Desde siempre.
—Nunca me habías hablado de ello.
—Porque pensé que te reirías de mí.
—Ya ves que no me he reído.
—Pero pones una cara...
Robin se dio la vuelta y quedó sentado en la cama, la sábana sobre su vientre y nacimiento de los muslos.
—Me ha sorprendido, eso es todo —respondió, rascándose el musculoso tórax, cubierto de vello negro.
Samantha se sentó a los pies de la cama.
—¿Crees que me darán el papel, Robin?
—Si lo que buscan es una chica de rostro atractivo y cuerpo escultural, tienes muchas posibilidades, porque es difícil que las demás chicas que se

presenten te superen en belleza. Pero me temo que eso no será suficiente, Samantha.

—Ya sé que no. Son necesarias otras cualidades. Cualidades que yo, modestamente, creo reunir.

Robin sonrió con suavidad.

—Te deseo mucha suerte, Samantha. Ella le cogió la mano y se la apretó.

—Gracias, Robin.

La otra mano de Stockwell se posó en el muslo izquierdo de Samantha, de piel suave como el terciopelo.

Como la mano ganó rápidamente centímetros y no precisamente hacia la rodilla, Samantha la frenó, antes de que alcanzara su objetivo.

—No, Robin.

—¿Por qué no?

—Tengo que estar a las diez en punto en el despacho del director, ya te lo he dicho.

—No son más que las ocho y media, tenemos tiempo —repuso Robin y trató de rodearla con sus brazos. Samantha se escabulló hábilmente.

Ya de pie y prudentemente separada de la cama, dijo:

—Ya me he bañado, Robin.

—Pues te vuelves a bañar.

—Se me haría tarde.

—Lo haremos rápido.

Samantha Bonner sonrió pícaramente.

—A mí no me gusta hacer el amor con prisas, Robin. Y a ti tampoco.

—No, pero por una vez...

—Mejor que lo dejemos para la noche.

—Es que esta noche no podré verte.

—Bueno, pues mañana.

Robin Stockwell compuso una mueca.

—Me temo que mañana tampoco, Samantha. Tengo un caso entre manos y voy a tener que ausentarme de Los Angeles un par de días. Tal vez más.

Podía ser cierto, porque Robin era investigador privado, pero Samantha, con irónico gesto, respondió;

—Ya.

Stockwell frunció el ceño.

—¿No me crees?

—¿Por qué no iba a creerte?

—Como pones esa cara...

—La que tengo. Y espero que le guste al director. Robin volvió a mostrarse risueño.

—Si no le gusta, es que está mal de la vista.

—Muy galante.

—Anda, ven que te dé un beso al menos —rogó Robin, extendiendo los brazos hacia ella.

—Ni hablar —respondió Samantha, quedándose donde estaba.

—¿Por qué?

—Sé que tú no te conformarías con eso y me harías llegar tarde a la entrevista.

—Me conoces mejor que mi madre —rezongó Robin,

Samantha sonrió.

—Puedes quedarte acostado, si quieres. Ya sabes que mi apartamento es tuyo

—¿De qué me serviría seguir en la cama, si tú no estás conmigo?

—Puedes dormir.

—Ya no tengo ganas.

—Entonces, date una ducha y vístete.

—Sí, es lo que voy a hacer —masculló Robin y retiró la enrollada sábana. Completamente desnudo, saltó de la cama y se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta.

Samantha esperó a oír el ruido de la ducha y entonces se despojó de la corta bata, quedando tan desnuda como Robin.

Empezó a vestirse.

Cuando Robin salió del baño, envuelto en una toalla, ella ya estaba vestida y se maquillaba el rostro sentada frente al tocador.

Normalmente se maquillaba antes de vestirse, pero tras la proposición de Robin de hacer el amor antes de acudir a la entrevista con el director de cine, Samantha estimó conveniente no seguir en bata más tiempo, porque él podía atraparla de pronto entre sus brazos y excitarla con sus caricias y entonces ella no tendría fuerzas para resistirse.

Con esa intención salió Robin del cuarto de baño, pero al hallar a Samantha completamente vestida, se olvidó de ello y también él se vistió.

Samantha, atareada con el azul de sus ojos, preguntó:

—¿Qué hora es, Robin?

Stockwell consultó su reloj.

—Las nueve menos cinco.

—Me sobra tiempo.

—¿Y lo dices ahora, que ya estoy vestido? —gruñó Robin.

Samantha rió.

—No estaba pensando en eso, hombre.

—Ya me extrañaba.

Samantha Bonner acabó de maquillarse y se levantó de la banqueta.

—Siento no poder prepararte el desayuno, Robin.

—No importa, desayunaré en una cafetería.

—¿Estás listo?

—Sí.

—Yo también. Anda, vamos.

Salieron del dormitorio y abandonaron el apartamento.

El coche de Robin Stockwell, un «Dodge» azul oscuro, estaba estacionado

junto a la acera.

—¿Te llevo, Samantha?

—¿No te importa?

—En absoluto.

—Puedo tomar un taxi, si...

—Tengo tiempo de sobra. Vamos, sube. Se introdujeron los dos en el «Dodge».

—¿Dónde está el despacho de ese director?

—312 de Dukeland Street —respondió Samantha.

El «Dodge» arrancó y Robin Stockwell lo dirigió hacia allí.

Samantha Bonner estaba muy ilusionada. Tenía esperanzas de conseguir el papel.

Haría cuanto estuviera en su mano para que el director se lo diera.

Lejos estaba ella de sospechar que no iba a entrevistarse con un hombre normal y corriente, sino con un auténtico monstruo.

Tampoco Robin Stockwell, claro.

De haberlo sospechado, jamás hubiera llevado a Samantha Bonner al 312 de Dukeland Street.

CAPITULO II

Faltaban todavía veinticinco minutos para las diez, cuando Robin Stockwell detuvo su coche en Dukeland Street, frente al número 312.

—Aquí es, Samantha —dijo, parando el motor.

—Sí, ese portal —respondió Samantha Bonner, mirando por la ventanilla —. Gracias por traerme, Robin —le sonrió afectuosamente y le dio un beso en los labios.

—Ahí enfrente hay una cafetería —observó Stockwell—. Te da tiempo de tomar algo, Samantha.

—¿Seguro?

Robin le mostró el reloj.

—Sólo son las nueve y treinta y cinco. Samantha miró la cafetería.

—El caso es que tengo hambre...

—Vamos, no perdamos tiempo.

—Está bien —accedió la joven.

Descendieron del coche, cruzaron rápidamente la calzada y se metieron en la cafetería, ocupando una mesa junto a la amplia ventana.

Un empleado les atendió en seguida.

Era de mediana edad y tenía cara de violín.

Robin estuvo a punto de preguntarle dónde tenía el arco, pero como eso seguramente hubiera molestado al tipo, se limitó a encargarle sendos y ligeros desayunos y rogarle que se diera prisa.

Cinco minutos después, Cara de Violín estaba de vuelta con una bandeja y depositaba sobre la mesa todo lo que traía en ella.

Mientras desayunaban, un taxi se detuvo detrás del «Dodge» azul de Robin Stockwell y de él descendió una pelirroja.

Y vaya pelirroja.

Alta, de rostro marcadamente sensual, exuberante de todo...

Robin y Samantha la siguieron con la mirada hasta que ella cruzó el portal del número 312 y desapareció.

—Otra aspirante —rezongó Samantha.

—Tranquila, tú estás mejor que ella —dijo Robin.

—Tiene por lo menos ocho centímetros más de busto que yo.

—No creo que ese director piense hacer «El retomo de la vaca lechera», así que no tiene por qué preocuparte el tamaño de los pechos de la pelirroja.

Samantha Bonner no pudo contener la risa.

—Tú siempre con tus chistes, Robin.

—Sólo trato de animarte.

—Lo sé. Y no sabes cómo te lo agradezco. Siguieron desayunando con prisa.

Estaban terminando, cuando otro taxi se detuvo en la calle. La chica de ahora era morena.

Muy bonita.
De esbelta figura.
Veinte años, todo lo más.
También ella se introdujo en el número 312.
—Otra aspirante más —adivinó Robin.
—Y las que habrá arriba. Y las que todavía llegarán. Vamos a ser más que moscas — masculló Samantha.
Robin le cogió la mano y se la oprimió cariñosamente.
—La más guapa de todas, tú. Y la mejor formada. Samantha agradeció sus palabras con una dulce sonrisa.
—Ojalá el director piense como tú, Robin.
—Ya verás cómo sí. Anda, no te entretengas más, o serás de las últimas en pasar el examen.
—Sí, tienes razón.
Samantha apuró su café, se secó cuidadosamente los labios con la servilleta de papel, cogió su bolso y se levantó.
—Adiós, Robin.
—Suerte, preciosa.
Samantha Bonner salió de la cafetería, cruzó la calle con rapidez y se metió en el portal señalado con el número 312.
Vio una escalera a la derecha. Subió por ella.
En la primera planta había dos puertas.
La más cercana a la escalera tenía un rótulo, en el que podía leerse: «Jerome Wilcox, Director de Cine.»
Samantha pulsó el timbre.
Casi al momento, abrió un tipo de unos treinta años de edad, alrededor de 1,90 de estatura, corpulento, pelo negro, no mal parecido. Vestía un traje oscuro impecable.
—¿Jerome Wilcox...? —preguntó Samantha.
—No, yo soy Oliver Cobb, su ayudante —respondió el apuesto sujeto. Samantha le tendió su mano.
—Mucho gusto, señor Cobb. Me llamo Samantha Bonner y vengo por lo de...
El ayudante de Jerome Wilcox, que ya estrechaba la delicada mano de la aspirante a actriz de cine, sonrió amablemente y dijo:
—Sé a lo que viene, señorita Bonner. Tenga la bondad de pasar.
—Gracias —sonrió también Samantha, y entró. Oliver Cobb cerró la puerta y rogó:
—Sígame, por favor, Samantha fue tras él.
Al fondo se veían dos puertas, una frente a otra. El tipo abrió la de la izquierda e indicó:
—Pasé aquí y espere, señorita Bonner. El señor Wilcox las irá llamando una por una.
—Muchas gracias —respondió la joven y cruzó aquella puerta, que el

ayudante de Jerome Wilcox cerró cuando ella estuvo dentro.

Samantha vio a la pelirroja de cuerpo exuberante.

Estaba sentada en un sofá, con las piernas descaradamente cruzadas.

Tan descaradamente, que Samantha pudo saber que su braguita era amarilla, sin necesidad de agacharse.

La pelirroja estaba orgullosa de sus soberbias extremidades inferiores, no cabía duda y por eso las exhibía tan generosamente.

A la derecha de la chica de la braguita amarilla, se hallaba la muchacha morena que llegara tras ella. También tenía una pierna sobre la otra, pero mostraba las rodillas y poco más.

Evidentemente, no era tan descarada como la pelirroja y a Samantha le cayó simpática por eso.

Había otras tres chicas en aquella especie de sala de espera. Las tres bonitas.

Las tres espléndidamente formadas. Las tres con las piernas al aire.

Pero que muy al aire.

Parecían querer competir con la pelirroja de pechos voluminosos, a ver cuál de ellas enseñaba hasta más arriba.

De haber sido un concurso de verdad, el jurado hubiese tenido muchos problemas a la hora de señalar la ganadora, porque las aspirantes a participar en la película ya no podían mostrar más cosas, a menos que empezasen a quitarse ropa.

Y, por sus caras, parecía que lo estaban deseando.

Como en el sofá quedaba sitio, porque era muy largo, Samantha Bonner se sentó entre la pelirroja y la morena.

Samantha cruzó las piernas, pero sin ánimo de competir y sólo mostró las rodillas, como la chica morena, la que parecía la más decente de todas.

En los siguientes cinco minutos, llegaron otras dos chicas, las cuales tomaron asiento y se apresuraron a participar en el concurso: «¡Ganará más, la que enseñe más!»

Y siguió estando difícil señalar a la ganadora.

Aquello más parecía ya un concurso de ombligos que de piernas bonitas. Por fortuna, no llegaron más chicas.

O no llegaron más, o es que aquella mañana Jerome Wilcox no quería examinar más que a ocho aspirantes y Oliver Cobb, su ayudante, las iba despidiendo a medida que llegaban y citando para, la tarde o para el día siguiente.

El caso fue que, diez minutos después de que llegara la aspirante número ocho, la puerta opuesta a la utilizada por las chicas para entrar en aquella estancia se abrió y un hombre asomó por ella.

Aparentaba unos cuarenta años de edad y era grueso, más bien bajo, casi calvo, de ojos azules, fríos, penetrantes, escrutadores.

El hombre que iba en mangas de camisa y se había aflojado el nudo de la corbata abarcó a las ocho aspirantes con la mirada, mientras una columna de

humo blanquecino brotaba del colosal cigarro que sostenía entre los dedos de su mano izquierda.

Unos dedos cortos, muy gruesos, ciertamente antiestéticos. En realidad, todo él lo era.

Pero, como las aspirantes al papel de la nueva película adivinaban que se trataba de Jerome Wilcox, lo miraron como si fuera Robert Redford.

Que se lo comieron con los ojos, vamos. El rostro del director no se alteró.

Debía estar demasiado acostumbrado a contemplar mujeres jóvenes y hermosas, tanto vestidas como desnudas y no le ponían nervioso las insinuantes miradas de las aspirantes ni su descarada exhibición de remos.

Tal vez, por ello, prestó una mayor atención a Samantha Bonner y la chica morena que ésta tenía a su derecha.

Ninguna de las dos se lo merendaba con los ojos, ni tenían los muslos al aire. Se limitaban a observarle con curiosidad, no exenta de nerviosismo.

El tipo gordo se llevó el mástil de hojas de tabaco prensadas a la boca, le dio una chupada, expulsó pausadamente el humo y se presentó:

—Soy Jerome Wilcox, preciosas. ¿Cuál de vosotras es la primera? Una de las chicas se puso en pie.

—Yo, señor Wilcox —dijo, después de tragarse casi todo el aire de la estancia, para que sus senos pareciesen los de Raquel Welch.

Y casi lo logró.

Jerome Wilcox, sin apenas mirarla, indicó:

—Puedes sentarte, guapa. ¿La segunda...?

Otra de las aspirantes se puso en pie y llevó a sus pulmones el aire que quedaba en la sala de espera. Sus pechos, ya de por sí creciditos, aumentaron su volumen de forma tan considerable que su vestido amenazó con estallar y dejarlos libres.

—Servidora, señor Wilcox —dijo la chica, acariciando la calva del director con su mirada.

—Muy bien, vuelve a sentarte, preciosidad —indicó Jerome Wilcox—. ¿La tercera...? Ocurrió lo mismo con la tercera aspirante.

Y con la cuarta, la pelirroja de pechos superdesarrollados, una de cuyas oscuras aureolas asomó incitante cuando ella se llenó de aire

Jerome Wilcox les ordenó sentarse a las dos sin apenas fijarse en ellas.

—¿La quinta...? —preguntó.

Era la chica morena que no mostraba más que las rodillas.

Se puso en pie y permitió que el director la escrutase tal cual era, sin llenar ni vaciar nada.

Y, mira por dónde, Jerome Wilcox la estuvo mirando más tiempo que a las demás. Y no sólo eso, sino que, tras el examen visual, le sonrió y rogó:

—¿Quieres pasar a mi despacho, guapa? La chica entró, claro.

Y muy contenta, además.

La pelirroja y las otras tres aspirantes que estaban antes que ella empezaron a protestar, cuando Jerome

Wilcox y la chica morena quedaron encerrados en el despacho del director.

Samantha Bonner encontró lógica la forma de proceder de Jerome Wilcox. La quinta aspirante le había gustado al director más que las cuatro anteriores y era natural que quisiera entrevistarla primero.

Unos quince minutos después, la chica morena salía del despacho. Y mucho menos contenta de lo que había entrado.

Nada contenta, para ser exactos. No había más que mirarla.

Tenía el rostro congestionado y le chispeaban los ojos.

Con los dientes apretados y el paso rápido, cruzó la sala de espera y se marchó, sin despedirse de nadie.

Las otras siete aspirantes se quedaron extrañadas. ¿Qué había sucedido en el despacho del director?

¿Por qué la chica morena se largaba así, visiblemente furiosa?

Jerome Wilcox asomó de nuevo en la puerta de su despacho, sereno y tranquilo, como si nada hubiera sucedido.

—¿La sexta...? —preguntó. Samantha Bonner se levantó del sofá.

—Yo soy, señor Wilcox.

El director la miró de arriba abajo, con detenimiento. Luego, sonrió e indicó:

—Pasa a mi despacho, preciosa.

CAPITULO III

Robin Stockwell estacionó su coche frente al edificio donde tenía su oficina. Antes de salir del «Dodge», miró su reloj.

Pasaban unos minutos de las diez y media.

Luke Gardner había quedado en llamarle a las once. Se trataba de un colega suyo.

De San Francisco.

Robin había hablado con él la mañana anterior, rogándole que le averiguara un par de cosas.

Aunque Samantha Bonner no lo había creído, era cierto que Robin Stockwell llevaba un caso entre manos.

Una muchacha había desaparecido misteriosamente y a él le habían contratado para averiguar qué había sido de ella.

La chica se llamaba Alice Tracy, tenía sólo veintiún años, era bonita y tenía unas formas muy estimables.

Robin la había buscado por toda la ciudad, pero sin ningún resultado positivo, hasta el momento. Desde la noche de su desaparición, nadie había vuelto a verla.

A Robin se le ocurrió telefonear a Luke Gardner, su colega y amigo. Ambos se ayudaban mutuamente, siempre que era necesario.

Robin pensaba que tal vez Alice Tracy estuviese en San Francisco, por su voluntad o retenida a la fuerza y si Luke Gardner confirmaba sus sospechas, aquella misma mañana saldría para San Francisco y no regresaría hasta dar con Alice Tracy.

No había engañado, pues, a Samantha Bonner, al decirle que tendría que ausentarse unos días de Los Angeles, seguramente.

Robin Stockwell subió a su oficina. Se hallaba en la segunda planta. Robin entró en su oficina.

En la antesala de su despacho, sentada tras una mesa, se hallaba Connie Sands, su secretaria, una joven de pelo castaño, cortado a lo chico.

Pero, que no era un chico, saltaba a la vista.

No había más que fijarse en el par de prominencias pectorales que el ceñido y delgado suéter, de un rojo chillón, señalaba con todo detalle, porque Connie no usaba sostén.

Y no lo usaba porque no había nada que sostener.

Bueno, bien mirado, había bastante, pero se sostenía solo.

Robin Stockwell se detuvo y miró a su secretaria, con claro gesto de extrañeza. Y no era para menos.

Connie estaba con los brazos cruzados bajo sus erguidos senos, cómodamente repantigada en su silla y sobre su mesa no había carpetas, ni papeles, ni nada de nada, si se exceptuaba el teléfono.

Como si ya hubiese terminado su jomada de trabajo. O como si todavía no

la hubiese empezado.

Connie Sands, que mascaba un chicle, lo miró a su vez con un brillo socarrón en sus picaros ojos, pero no movió un dedo.

—¿Están de huelga las secretarias, Connie? —preguntó Robin.

Ella movió su linda cabecita de derecha a izquierda y siguió mascando el chicle.

—Entonces, es que quieres aumento de sueldo —arguyó Robin.

La secretaria movió de nuevo la cabeza, e hizo un globito con la goma de mascar. «¡Plof!»

Connie lo recogió con su lengüecita y volvió a mover las mandíbulas. Robin Stockwell, que empezaba a perder la paciencia, gruñó:

—¿Qué diablos te pasa, pues? ¿Por qué no estás trabajando? No te pago para que estés con los brazos cruzados, haciendo estúpidos globitos.

Connie Sands ladeó la cabeza y escupió el chicle, que cayó en la papelera. Luego, dejó caer la granada:

—Me caso, Robin. Stockwell dio un respingo.

—¿Cómo has dicho...?

—Que me caso.

—¿Cuándo?

—Esta misma tarde.

—¿Con quién?

—Con un hombre.

—Claro, no iba a ser con un mono —masculló Robin. Connie contuvo una risita.

—Se llama Richard y es más guapo que tú.

—Yo nunca he dicho que fuera guapo.

—Nos conocimos anoche.

—¿Anoche...? —parpadeó Robin.

—Sí.

—Ese Richard no está bien de la cabeza —rezongó Robin.

—¿Tan poco valgo como mujer? —se ofendió la secretaria. Robin tosió.

—Vales mucho, Connie y tú lo sabes.

—No para ti, por lo visto.

—¿Por qué dices eso?

—Tú sabes bien por qué lo digo.

—Me gustas, Connie y te lo he demostrado numerosas veces.

—Sí, sobre el sofá de tu despacho. Robin carraspeó.

—No acabo de entenderte, Connie.

—Pues está muy claro, Robin. Me he cansado de separar mis patitas para gozo de alguien que sólo desea satisfacer su instinto sexual conmigo de vez en cuando, pero a quien le importo menos que una guitarra a un manco. Por eso, cuando Richard me propuso matrimonio, no lo dudé un instante. Con él tendré lo que toda mujer desea; un marido, un hogar, unos hijos...

—El perro te lo regalo yo.

—¡No hagas chistes, maldita sea! —rugió Connie, descargando su menudo puno sobre la mesa.

—Imagínate si llegas a pillar un huevo.

La secretaria fue a decirle lo que le hubiera gustado pillar, pero Robin, adivinándolo, rogó:

—No lo digas, Connie, que sólo era una broma.

—¡No estoy para bromas Robin! El investigador dio un suspiro.

—Voy a echarte de menos, Connie. Como secretaria y como mujer.

—¡Ja!

—Ahora hablo en serio.

—No te preocupes, encontrarás pronto quien me sustituya. En el trabajo de mesa y en el del sofá.

—Seguro. Pero yo me había acostumbrado a ti, Connie.

—Pues se acabó, Robin —dijo la joven, poniéndose en pie.

Abrió un cajón de la mesa, tomó su bolso y salió de detrás del escritorio.

—Hasta nunca, Robin.

—Adiós, Connie.

—¿No vas a darme un beso de despedida?

—Deseaba hacerlo, pero pensé que tú no...

—Uno más no importa.

Robin la tomó con suavidad por los hombros y la besó cálidamente en los labios, tan rojos como su suéter, jugosos, excitantes.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos y se pegó a él, mientras le devolvía el beso con mucha pasión.

Robin quedó un tanto desconcertado, porque no esperaba que Connie le besara así, dadas las circunstancias. Pero si ella se mostraba apasionada, él no sería menos, así que la estrechó entre sus brazos y pasó a devorar literalmente la boca femenina.

Un beso tan largo, tan profundo y tan ardiente como aquél, era lógico que los excitara a los dos y Connie Sands no tardó en sentir la virilidad de Robin Stockwell presionando contra su pubis.

Fue ella quien interrumpió el beso y, tras mirar a los ojos a su ya ex jefe, pidió:

—Llévame al sofá, Robin.

—Te casas esta tarde, Connie —recordó él.

—Ya lo sé.

—¿Crees que está bien que...?

—Puede que no esté bien, pero lo deseo. Y tú también. No digas que no, porque lo noto

—Connie se restregó suavemente contra él, excitándole aún más. Robin no lo dudó más.

La tomó en brazos, se metió con ella en su despacho y la depositó sobre el sofá, negro, de cuero.

Connie se subió el fino suéter hasta el cuello, dejando al descubierto sus

senos. Unos senos redondos, duros, separados, cuyos pezones ya se habían erguido y reclamaban las caricias que ellos tan bien conocían.

Robin no se hizo de rogar.

Mientras besaba y mordía con delicadeza los túrgidos pechos de su ex secretaria, le levantó la falda y tiró del breve slip hacia abajo.

Ella elevó ligeramente las caderas, para que su prenda más íntima pudiera bajar sin dificultad y pronto la notó sobre sus pies.

Connie los movió y el slip voló por los aires.

Robin acarició hábilmente su intimidad, obligándola a retorcerse y gemir de placer. Instantes después, la poseía y el placer fue aún mayor.

Robin aceleró sus movimientos. Eran casi las once.

Luke Gardner llamaría de un momento a otro y no quería que le pillase sobre Connie, en pleno trabajo.

Afortunadamente, alcanzaron los dos el placer supremo antes de que el teléfono sonara.

Permanecieron así, estrechamente abrazados, un par de minutos, respirando con fuerza.

Robin no se había retirado de la vagina femenina en el momento de eyacular, porque sabía que Connie tomaba píldoras anticonceptivas y no existía riesgo de embarazo.

Ella, todavía con los ojos dulcemente cerrados, musitó:

—Maravilloso, Robin.

—Como era la última vez, he procurado esmerarme —repuso él, posando sus labios en el cuello femenino.

—Tú siempre te esmeras, bribón.

—¿Richard no?

—Es menos experto que tú, pero procuraré enseñarle todo lo que tú me has enseñado a mí.

—Deseo que aprenda pronto.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Debe ser Luke Gardner —dijo Robin.

—Un instante antes y nos joroba —repuso Connie.

—Por suerte, no ha sido así —sonrió Robin.

Le dio un beso, se levantó, se cerró el pantalón y se acercó a la mesa. Tomó el auricular y se lo llevó al oído.

—Stockwell al habla. ¿Eres tú, Luke?

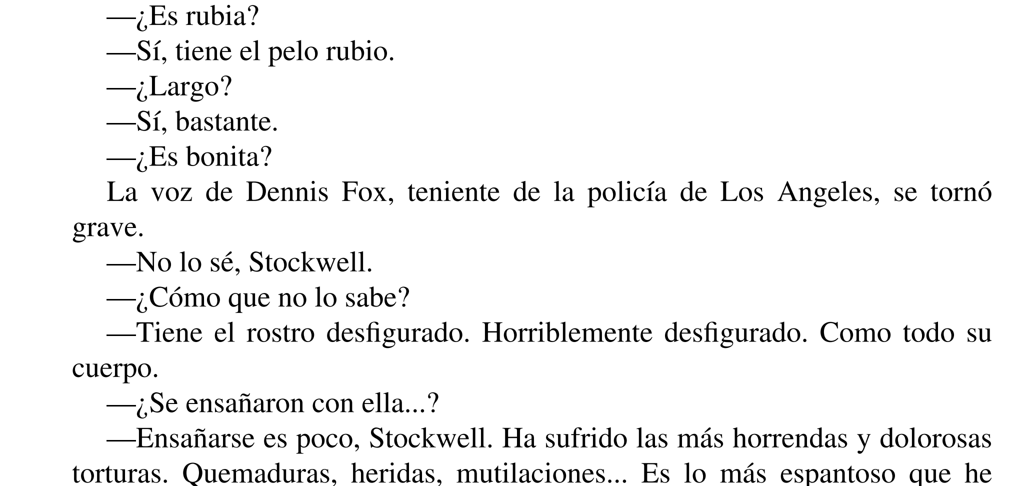
—¿Luke? —repitió una voz masculina.

—¿Quién es?

—El teniente Fox, Stockwell.

—Oh, disculpe, teniente. Estoy esperando una llamada de San Francisco y creí que... ¿Qué se le ofrece, teniente Fox?

—Ha sido hallado el cadáver de una muchacha, que no podemos identificar y como hace un par de días me dijo usted que le habían encargado la búsqueda de una joven misteriosamente desaparecida, he creído oportuno



telefonearle, por si se tratara de la chica que usted anda buscando.

—¿Es rubia?

—Sí, tiene el pelo rubio.

—¿Largo?

—Sí, bastante.

—¿Es bonita?

La voz de Dennis Fox, teniente de la policía de Los Angeles, se tornó grave.

—No lo sé, Stockwell.

—¿Cómo que no lo sabe?

—Tiene el rostro desfigurado. Horriblemente desfigurado. Como todo su cuerpo.

—¿Se ensañaron con ella...?

—Ensañarse es poco, Stockwell. Ha sufrido las más horrendas y dolorosas torturas. Quemaduras, heridas, mutilaciones... Es lo más espantoso que he visto jamás, se lo juro. Robin Stockwell no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera la espalda.

—¿Dónde la hallaron? —inquirió, con voz ligeramente enronquecida.

—En un acantilado, desnuda y envuelta en una sábana.

—¿Cuándo se cree que murió?

—Hace un par de noches.

—Bien. Voy para ahí inmediatamente, teniente Fox.

—Le espero, Stockwell —respondió el policía y cortó la comunicación. Robin colgó el auricular.

Lentamente.

Se volvió hacia Connie.

La muchacha ya se había bajado el suéter, colocado el slip y cerrado la falda, aunque seguía en el sofá, sentada.

—¿Qué ocurre, Robin?

—Ha sido hallado el cadáver de una muchacha y pudiera ser Alice Tracy.

—Dios mío...

—Cometieron verdaderas atrocidades con ella, antes de poner fin a su vida. La joven se estremeció.

Robin rogó:

—¿Te importaría seguir en la oficina un rato más

Connie? Tengo que ir a ver al teniente Fox y Luke Gardner no tardará en llamar.

—Ve tranquilo, Robin. Yo cogeré el recado.

—Gracias, Connie. Volveré lo antes que pueda.

Robin Stockwell cogió su chaqueta, de la que se había despojado para hacer el amor con la que hasta aquella misma mañana había sido su secretaria y salió del despacho.

CAPITULO IV

Samantha Bonner había entrado en el despacho de Jerome Wilcox.

El director de cine cerró la puerta y caminó hacia su mesa, tras la cual se sentó, en un magnífico sillón.

—Toma asiento, guapa —invitó, señalando el sillón que había frente a la mesa.

—Gracias —sonrió levemente Samantha y se sentó en él, cuidando de que el cruce de piernas resultase discreto.

Jerome Wilcox succionó su enorme cigarro, soltó un chorro de humo hacia lo alto, e interrogó:

—¿Cómo te llamas?

—Samantha Bonner.

—¿Edad?

—Veintidós años.

—¿Soltera?

—Sí.

—¿Vives con algún amigo íntimo?

—No.

—¿Experiencia en cine, teatro, televisión...?

—Ninguna, pero...

—No te preocupes, eso es lo que yo quiero —la interrumpió Wilcox—. ¿Has hecho publicidad?

—Sí, pero muy poca.

—¿Has trabajado en clubs nocturnos?

—No.

—Perfecto.

Jerome Wilcox le dio una nueva chupada al cigarro y luego indicó:

—Ponte en pie, Samantha. La joven obedeció

—Sitúate allí, delante del sofá —siguió indicando Wilcox. Samantha fue hacia allí.

Se detuvo delante del sofá y miró al director.

—Este dijo;

—Desnúdate. Samantha respingó.

—¿Que me desnude...?

—Tendrás que hacerlo en la película y quiero verte sin ropa, antes de contratarte. Samantha vaciló.

Empezaba a comprender por qué la chica morena se había marchado con aquella prisa y con aquella cara.

Jerome Wilcox sonrió.

—¿Eres tímida, Samantha?

—No, pero...

—Vamos, quítate la ropa. Y hazlo con naturalidad. Como si ya estuvieras

ante las cámaras. No quiero que lo hagas como una artista de «strip-tease», pero tampoco torpemente.

Samantha se decidió. Quería el papel. Trabajar en el cine. Darse a conocer.

Y, si para ello tenía que quedarse en cueros delante de un tipo gordo y poco agradable como Jerome Wilcox, pues adelante.

Era el director.

Si se negaba, le daría el papel a cualquiera de las otras.

Samantha dejó su bolso sobre el sofá y se bajó la cremallera del vestido, el cual cayó a sus pies blandamente, dejándola en braguita y sostén.

Miró a Jerome Wilcox.

—Continúa —indicó él.

Samantha se soltó el sujetador y quedó con los pechos al aire. Luego, tiró de la braguita hacia abajo y se la sacó también. Volvió a mirar a Jerome Wilcox.

De frente.

El director recorrió su cuerpo desnudo con sus fríos ojos, sin prisa y sin dejar traslucir ninguna emoción.

—Date la vuelta, Samantha. La joven obedeció.

Jerome Wilcox la contempló largamente por detrás y dijo:

—Maravillosa. Sencillamente maravillosa.

—¿Puedo vestirme ya? —preguntó Samantha, sin volver la cabeza.

—No tengas prisa.

Samantha siguió quieta y desnuda.

Oyó que Jerome Wilcox abandonaba su sillón y se acercaba a ella.

Samantha sintió deseos de vestirse precipitadamente y echar a correr hacia la puerta, pero no lo hizo, por la misma razón que había accedido a desnudarse: quería el papel y tenía que soportar todo aquello, para conseguirlo.

El director ya estaba junto a ella. Notaba su aliento en el cuello.

Se preparó para sentir sus repulsivas manos en las nalgas, en las caderas o en los pechos.

Sin embargo, pasaban los segundos y Jerome Wilcox no le tocaba nada. ¿La estaría poniendo a prueba, quizá...?

De pronto, el director dijo:

—Voy a aplicarte la brasa del cigarro en la nalga. Samantha sintió que se le erizaba la piel.

Pegó rápidamente un salto hacia adelante, antes de que Jerome Wilcox le aplicara el puro a la nalga.

Cuando se volvió hacia él, su rostro expresaba el más puro terror.

Ya estaba a punto de soltar un largo y agudo chillido, cuando descubrió que Jerome

Wilcox no tenía nada en las manos.

Samantha desvió su aterrada mirada hacia la mesa. ¡El cigarro estaba allí!

¡Descansando en el cenicero! ¡Jerome Wilcox la había engañado!

Samantha volvió a mirar al director, el terror reflejado todavía en su cara. Jerome Wilcox sonreía.

Y muy satisfecho, al parecer. Samantha tartamudeó:

—¿Por qué... por qué me dijo usted que...? Jerome Wilcox explicó:

—La película que voy a dirigir es de terror y la protagonista tendrá que expresarlo repetidas veces. Sus ojos, su boca, su cuerpo... Todo deberá expresar terror. Y horror. Y sufrimiento, también, porque en la película se verá sometida a continuas y dolorosas torturas. De poco serviría que tuvieses un cuerpo maravilloso si no fueses capaz de expresar todo eso que te he dicho. Pero sí eres capaz. Acabas de demostrármelo. Si repites tu expresión de hace un momento ante las cámaras, el público, cuando vaya a ver la película, creerá que estás sufriendo de verdad y quedará sobrecogido. La película será un éxito y tú te convertirás en una auténtica estrella, Samantha.

La joven, anonadada, balbuceó:

—¿Que yo me convertiré en...?

Jerome Wilcox asintió con su calva cabeza.

—Te lloverán los contratos, ya lo verás.

Samantha Bonner, que ya ni se acordaba de que se hallaba completamente desnuda, se lanzó sobre el director y lo abrazó efusivamente, exclamando;

—¡Estoy loca de alegría, señor Wilcox! ¡Cómo iba yo ni siquiera a soñar que...! —se interrumpió de pronto, al sentir sobre sus redondas y firmes nalgas las manos de él. Unas manos viscosas, húmedas, cuyo contacto le produjo un estremecimiento general. Samantha tardó casi quince segundos en reaccionar.

Separó su mejilla lentamente de la del director y lo miró a los ojos.

—Señor Wilcox... —musitó.

—¿Sí, preciosa?

—Me está oprimiendo las nalgas...

—Las tenía tan cerca, que no he podido resistir la tentación.

—Más cerca las tuvo antes y no me tocó.

—Oh, entonces era Jerome Wilcox, director de cine; ahora, soy Jerome Wilcox hombre. Ha terminado la prueba y la has superado satisfactoriamente. Ya puedes considerarte contratada.

—¿Y tengo que darle las gracias así, permitiendo que...? —se atrevió a preguntar Samantha.

—No estás obligada, desde luego. Si te apetece, podemos hacer el amor; si no, te apartas de mí y te vistes. No me enfadaré por eso, preciosa.

Sí, eso fue lo que dijo Jerome Wilcox, pero Samantha Bonner no estaba segura de que no se enfadaría, si le rechazaba y le daría el papel a alguna de las otras seis aspirantes que aguardaban fuera.

Cualquiera de ellas, de eso sí estaba segura, se entregaría sin reservas a él, con tal de conseguir el contrato.

Samantha Bonner tuvo miedo de quedarse sin el papel y, aunque le repugnaba hacer el amor con un tipo como Jerome Wilcox, le abrazó de

nuevo y le besó en los labios con una pasión que estaba muy lejos de sentir.

El director la empujó suavemente y la obligó a tenderse en el sofá, donde sus repulsivas manos se lo toquetearon todo, mientras le succionaba y mordía los pechos, con tantas ganas que incluso llegó a hacerle daño, hasta que por fin, roja ya la calva de excitación, se colocó entre sus piernas y la poseyó.

Samantha Bonner no sintió nada, sólo asco, pero fingió que Jerome Wilcox le proporcionaba un gran placer con sus movimientos de vaivén, cada vez más impetuosos y cuando él alcanzó el orgasmo, ella simuló que lo alcanzaba también.

Todo fuera por el contrato.

Un contrato con el mundo del terror. Del horror.

Del sufrimiento.

Y no un mundo fingido, sino auténtico, para su desgracia y desesperación.

CAPITULO V

Jerome Wilcox, relajado ya, se retiró e indicó:

—Vístete, Samantha.

Samantha Bonner, estremecida todavía de asco, aunque ella fingía que era de placer, se levantó y recogió su ropa interior y su vestido.

Mientras ella se vestía, el director de cine caminó hacia una puerta distinta a la que daba a la sala donde aguardaban las otras seis aspirantes al papel de protagonista en la nueva película de Jerome Wilcox.

La abrió y llamó:

—Oliver.

Oliver Cobb, su ayudante, asomó en la puerta.

—¿Sí, señor Wilcox? —dijo, mientras lanzaba una mirada a Samantha Bonner, que ya se había puesto la braguita y en aquel momento se abrochaba el sujetador.

La joven se dio cuenta de que el apuesto Oliver la miraba y se puso de espaldas a él, para que no la viera enrojecer de vergüenza.

Jerome Wilcox, visiblemente satisfecho, informó:

—Ya tengo lo que buscaba, Oliver. Despide a las otras chicas.

—¿Anoto sus nombres y sus direcciones, por si más adelante...?

—Sí, hazlo —asintió Wilcox—. Nunca se sabe.

—Voy con ello.

Jerome Wilcox cerró la puerta y regresó junto a Samantha Bonner, que ya se estaba enfundando el vestido.

—Deja, yo te subiré la cremallera.

—Gracias.

El director, además de subirle la cremallera, le retiró el cabello y le dio un beso en la espalda, entre los omoplatos.

Samantha se estremeció ligeramente, porque el contacto de los labios de Jerome Wilcox era tan desagradable como el de sus manos.

Temió que el director no se conformara con el beso y volviera a estrujárselo todo, pero, afortunadamente, no fue así. Se limitó a decir:

—Tu piel es tan suave como la de una niña, Samantha. Y me encanta su fragancia.

—Procuro cuidarla —repuso ella, inclinándose para coger su bolso. Jerome Wilcox se apretó el nudo de la corbata y se puso la chaqueta. Segundos después, Oliver Cobb entraba en el despacho.

—Las chicas ya se han ido, señor Wilcox.

—¿Muy disgustadas?

—Bastante.

—Lo siento por ellas, pero Samantha era la mejor de todas.

—Seguro. Usted no se equivoca nunca, señor Wilcox —sonrió el macizo Oliver, mirando con simpatía a la elegida.

Samantha Bonner agradeció las palabras del ayudante de Wilcox con una sonrisa, aunque seguía sintiendo vergüenza. El la había visto en braguita y abrochándose el sostén y seguramente sospechaba que Jerome Wilcox y ella habían hecho el amor.

¿O tal vez pensó que el director la había hecho desvestirse sólo para contemplar su cuerpo desnudo?

Ojalá fuera esto último, porque si no, Oliver Cobb habría formado una mala opinión de ella.

Y con razón.

Entregarse a un cuarentón gordo y repulsivo como Jerome Wilcox, sólo por ser la protagonista de su película...

Pero ya estaba hecho, de nada servía lamentarse. Había pasado un mal rato, pero el papel era suyo. Su sueño estaba realizado.

Mejor olvidar el precio que había tenido que pagar, para conseguirlo.

—¿Estás lista, Samantha? —preguntó Jerome Wilcox, que había recuperado su cigarro.

—Sí —respondió ella.

—Vámonos, entonces.

—¿Adónde?

—A la casa donde rodaremos la mayor parte de las escenas. Cuanto antes empecemos a trabajar, mejor. Habrá qué ensayar mucho cada escena, para que salgan perfectas. Samantha se dejó coger del brazo por el director, que la sacó del despacho.

Oliver Cobb cerró la oficina de Jerome Wilcox con llave y descendieron los tres a la calle. A unos quince metros del portal, se hallaba estacionado un «Buick» marrón.

Jerome Wilcox y Samantha Bonner ocuparon el asiento trasero y Oliver Cobb se sentó al volante.

Un instante después, el «Buick» se ponía en movimiento.

* * *

La casa donde, según Jerome Wilcox, se iban a rodar la mayoría de las escenas, se alzaba a irnos veinte kilómetros de Los Angeles.

Era una casa grande, antigua, que pedía a gritos una restauración.

Una alta tapia de ladrillos la rodeaba y había un buen número de árboles en torno a la vieja mansión.

—La he alquilado para rodar la película —explicó Jerome Wilcox, al ver la cara que puso Samantha Bonner al descubrir la casa.

—¿No se derrumbará, mientras rodamos? —murmuró la joven. El director rió.

—Es vieja, pero sólida.

Oliver Cobb detuvo el «Buick» frente a la mansión.

Salieron los tres del coche, de cuya guantera extrajo una gruesa llave el

ayudante de Wilcox, la cual introducía poco después en la cerradura de la puerta de la casa.

Una puerta grande y pesada, que chirrió cuando Oliver la empujó.

Penetraron los tres en la casa, iluminada por la luz solar que se filtraba por las ventanas.

—Por aquí, Samantha —indicó Jerome Wilcox, guiando a la joven hacia la escalera que conducía al sótano.

Oliver Cobb cerró la puerta y fue tras ellos. Descendieron al sótano.

Un sótano grande, húmedo, lúgubre, cuya luz encendió Wilcox, accionando el interruptor que había al pie de la escalera.

Allí había muchas cosas, la mayoría de ellas siniestros aparatos e instrumentos de tortura. Había, también, distintos decorados, un biombo para cambiarse de ropa, una cámara de cine, varios focos, un par de baúles...

Samantha Bonner lo miró todo con curiosidad.

—Impresionante, ¿no? —sonrió Jerome Wilcox.

—Macabro, diría yo —musitó la joven.

—Como exige la película. Ya te expliqué que se trata de una historia de terror, cuya heroína se ve sometida a continuas y dolorosas torturas. De ahí que haya tantos aparatos e instrumentos de tormento. ¿A que parecen de verdad?

—Sí.

—Pues no lo son, están trucados. Ninguno de ellos puede causar dolor. Pero eso el público no debe sospecharlo. Tú te encargarás de ello, ¿verdad, Samantha?

La joven sonrió ligeramente.

—Haré todo lo posible, señor Wilcox.

—Lo sé. Por eso te elegí a ti.

—Me esforzaré por no defraudarle.

—Bien, vamos a empezar. Ponte detrás del biombo y desvístete.

—¿Que me desvista...?

—Tienes que ponerte esto —Wilcox abrió uno de los baúles y extrajo una especie de tosco camisón, el cual entregó a Samantha.

La joven lo contempló con cierta aprensión.

El camisón que parecía confeccionado con tela de saco, estaba bastante sucio, tenía algunos rotos y también algunas manchas de sangre.

Jerome Wilcox explicó:

—Está así porque, en una escena anterior, la protagonista ha sido salvajemente forzada por uno de sus verdugos, en su celda —señaló el decorado que representaba una estrecha y siniestra celda, sin jergón, por lo que suponía que el preso tenía que dormir en el suelo, cubierto de sucia paja.

—Entiendo —murmuró Samantha.

—Vamos, póntelo —apremió Wilcox.

Samantha se colocó detrás del biombo y empezó a desvestirse.

Estuvo a punto de preguntar si se quitaba también la ropa interior, pero

como suponía que sí, lo hizo sin consultar.

Mientras tanto, Jerome Wilcox miró a su ayudante e indicó:

—Oliver, tú harás de verdugo, en el ensayo de esta escena.

—Muy bien, señor Wilcox.

—Cámbiate, rápido.

Samantha Bonner, cuya cabeza y hombros asomaban por detrás del biombo, vio como el ayudante de Wilcox se quitaba la chaqueta, la corbata, la camisa, los zapatos, el pantalón, los calcetines...

La joven contuvo la respiración. ¿Se despojaría también del slip...?

Sí.

Oliver también se despojó del slip.

De espaldas al biombo, por lo que Samantha sólo le vio el trasero.

El fornido ayudante sacó del baúl una capucha roja y un sucinto taparrabos del mismo color. Se puso ambas cosas y se volvió hacia el biombo, mirando a la joven por los orificios que la capucha tenía a la altura de los ojos, amén de una raja por la que asomaban los labios.

Samantha, desnuda ya tras el biombo, se había quedado parada.

Contempló los impresionantes músculos pectorales de Oliver Cobb, los de sus brazos, los de su estómago, los de sus piernas...

Parecía un auténtico verdugo.

Jerome Wilcox, que estaba preparando su cámara, preguntó:

—¿Estáis listos los dos?

—Yo sí, señor Wilcox —respondió Oliver.

—¿Y tú, Samantha?

La joven se colocó rápidamente el sucio y deteriorado camisón y salió de detrás del biombo, descalza.

—También, señor Wilcox.

El director se acercó a ella y le revolvió el pelo.

—Tu cabello tiene que estar desordenado, para darle más autenticidad a la escena. Sólo se trata de un ensayo, claro, pero...

—No me importa que me lo revuelva, no se preocupe —sonrió Samantha, que no dejaba de observar a Oliver Cobb disimuladamente.

Un Oliver prácticamente desnudo, porque el exiguo taparrabos sólo cubría sus órganos genitales y partes del rizado vello púbico.

Samantha se sintió ligeramente excitada.

Ella era muy mujer y la visión del cuerpo desnudo de un hombre como Oliver Cobb, todo músculos y vigor, despertaba su deseo.

Lástima que no fuese Oliver el director, en vez del grasudo y repulsivo Jerome Wilcox...

Este habló:

—Te explicaré la escena, Samantha. Oliver, uno de tus verdugos, te lleva a aquel decorado, el que parece un frío y siniestro cuarto, para torturarte con descargas eléctricas. Tú te resistes, sollozas y suplicas, pero él, mucho más fuerte que tú, te arranca el camisón y te sienta en la silla de tortura,

sujetándote a ella con las correas.

Samantha sintió que se excitaba más.

—¿Desnuda...? —preguntó.

—Completamente —asintió Wilcox. Samantha no puso objeciones.

Ya se veía sentada en la silla de tortura, desnuda, y al musculoso Oliver, también desnudo, muy cerca de ella, sujetándola con las correas...

Era realmente excitante y por eso notaba que la sangre le corría más de prisa por las venas, produciéndole un cosquilleo cuyo significado ella conocía muy bien.

Jerome Wilcox siguió con las explicaciones:

—Samantha, no te asustes si Oliver te trata con brusquedad, porque hace de verdugo y tiene que actuar así. De todos modos, él lo hará de forma que no te cause daño. Luego, cuando aplique los cables eléctricos a tu cuerpo y dé paso a la corriente, tú chillarás desgarradoramente y te retorcerás, como si realmente estuvieses recibiendo una descarga eléctrica. Sufrirás ese fingido tormento cinco veces. A la sexta descarga, te desmayarás y quedarás inmóvil, la cabeza doblada sobre tu pecho desnuda Entre descarga y descarga, llorarás y suplicarás a tu verdugo que cese de torturarte. ¿Lo has entendido bien, preciosa?

—Creo que sí —cabeceó Samantha, muy ilusionada.

—Procura hacerlo lo mejor posible, pero si no sale bien al principio, no te preocupes. Repetiremos la escena las veces que sea necesario, hasta que salga perfecta. Para eso se trata de un simple ensayo.

—Pondré toda mi voluntad, señor Wilcox.

—Muy bien —sonrió el director—. Ahora, me situaré detrás de la cámara y encenderé las luces que iluminarán el decorado. Cuando yo dé la señal, Oliver te cogerá del brazo y te llevará hacia allí y yo empezaré a filmar desde el momento que entréis los dos en lo que simula ser un cuarto de tortura.

—¿Va a filmar, tratándose de un ensayo...? —se extrañó Samantha.

—Naturalmente. Así, más tarde, proyecto varias veces lo que he filmado y descubro mucho mejor las virtudes y los defectos de la escena ensayada —explicó Wilcox.

—Oh, entiendo.

—Bien, manos a la obra.

Jerome Wilcox se situó detrás de la cámara y encendió las luces. El cuarto de tortura quedó perfectamente iluminado.

La recia silla de roble, sujeta al suelo con tornillos, tenía brazos y las correas, muy anchas, estaban forradas.

A la derecha de la silla, entre ellos, un reóstato. Jerome Wilcox dio la señal.

Oliver Cobb agarró del brazo a Samantha Bonner, férreamente, y la llevó hacia el cuarto de tortura.

Cuando estaban a punto de entrar en él, Samantha inició su interpretación, ofreciendo resistencia a su verdugo, entre sollozos, gemidos y súplicas.

Jerome Wilcox empezó a filmar.

Oliver Cobb, prácticamente a rastras, llevó a Samantha Bonner hasta la silla y, una vez allí le arrancó el tosco camisón, dejándola desnuda.

Samantha, que representaba bastante bien su papel, intentó huir de su verdugo, pero él la agarró por detrás con sus hercúleos brazos.

Al entrar en contacto con el poderoso cuerpo masculino, toda ella se estremeció y casi se le escapa un gemido de placer.

Oliver la sentó en la silla de tortura y le dio una bofetada. Y qué bofetada.

Jerome Wilcox ya le había advertido que Oliver Cobb se mostraría brusco con ella, como un verdugo de verdad, pero también le dijo que él procuraría no hacerle daño.

Y le había hecho bastante.

Cómo sería de violenta la bofetada, que Samantha empezó a sangrar ligeramente por la comisura de la boca.

En fin, todo fuera por darle el máximo realismo a la escena. Oliver la sujetó a la silla de tortura.

Muñecas, tobillos y pecho, por este orden.

Las correas eran duras, sólidas, a prueba de toda resistencia.

Al cerrar la que rodeaba su pecho, las fuertes y velludas manos de Oliver le rozaron los senos.

Y más de la cuenta.

En opinión de Samantha, Oliver se entretenía a propósito con el cierre de la correa del tórax para poder rozarle los pechos y eso la halagó, además de excitarla.

Nada de extraño tuvo, pues, que los pezones se le pusieran erectos.

Era lo que quería Oliver, porque precisamente allí, en los pezones de los senos y en el sexo, era donde Samantha debía recibir las descargas eléctricas.

Cuando vio que ya estaban lo suficientemente erguidos, Oliver tomó de la mesa tres pinzas de acero, pequeñas y dentadas, a las que estaban conectados sendos cables eléctricos y le colocó la primera, en el seno izquierdo.

Samantha dio un grito, al sentir la dolorosa mordedura de los dientecillos de la pinza metálica y volvió a gritar cuando Oliver le colocó la otra pinza.

La joven no sabía qué pensar.

Primero, la tremenda bofetada que la había hecho sangrar levemente; ahora, aquellas dolorosas pinzas en sus pechos.

¿Qué significaba aquello?

Jerome Wilcox le había asegurado que los aparatos y los instrumentos de tortura estaban trucados, que no podían causar dolor.

Parecía como si dos menudos ratoncillos le estuviesen mordiendo los pezones de los senos, que las pinzas de acero no dejaban encogerse.

Pero, más dolorosa todavía fue la mordedura de la tercera pinza, un poco más grande que las otras dos, que Oliver le colocó en el sexo, en la parte más alta de la vulva, aprisionando el clítoris.

No tuvo ninguna dificultad, porque ella tenía las piernas muy separadas y

las correas que le sujetaban los tobillos a las patas delanteras de la silla le impedían cerrarlas.

Samantha dio un nuevo grito.

Ya se disponía a pedir una explicación a Jerome Wilcox, cuando Oliver Cobb hizo funcionar la corriente.

Un alarido ensordecedor brotó de la garganta de Samantha Bonner, al tiempo que su cuerpo desnudo se tensaba de tal forma, que por un instante pareció que las firmes correas que la sujetaban a la silla de tortura iban a saltar.

Tan terrible era la presión que su pecho, muñecas y piernas ejercían contra ellas que, de no haber estado forradas, hubieran penetrado en su carne y llegado hasta los huesos.

Pero las correas resistieron, claro. Como siempre.

CAPITULO VI

El teniente Fox levantó la sábana y dejó al descubierto el rostro de la muchacha rubia que aquella misma mañana había sido hallada muerta en un acantilado.

Un rostro horriblemente desfigurado, como ya había advertido el policía a Robin Stockwell, que se hallaba junto a él.

Pequeñas heridas, dolorosas quemaduras, ambas orejas mutiladas...

Realmente estremecedor.

Dennis Fox, de treinta y ocho años de edad, mediana estatura, pero con muchos centímetros de un hombro a otro, preguntó:

—¿Es la chica que buscaba, Stockwell?

Robin Stockwell asintió levemente con la cabeza.

—Sí, no hay duda. Compruébelo usted mismo —extrajo una fotografía del bolsillo interior de su chaqueta y se la mostró al policía.

El teniente Fox comparó el rostro de la muchacha que aparecía en la foto con el de la víctima.

—Sí, es ella —dijo.

—Se llamaba Alice Tracy —murmuró Robin.

—¿Quién le contrató para buscarla?

—Doris Flavin, una amiga suya. Vivían en el mismo apartamento.

—¿A qué se dedicaba?

—Era camarera de un club nocturno. Doris también lo es, pero trabaja en otro club.

—Dígame el nombre del club donde trabajaba Alice.

—El As de Copas.

—¿Y Doris...?

—California Club.

—Déme la dirección de su apartamento.

—480 de Carey Street. Apartamento 15-G.

—Gracias, Stockwell.

Dennis Fox fue a dejar caer la fría y acartonada sábana, pero Robin le detuvo.

—Espere, teniente

El policía, adivinando lo que el investigador privado pensaba hacer, advirtió:

—Será muy desagradable, Stockwell.

—Lo sé. Pero tengo que ver su cuerpo, saber todo lo que han hecho con ella, porque no descansaré hasta descubrir a los canallas que la torturaron y le dieron muerte y cuando los tenga al alcance de mis puños...

El teniente Fox retiró la sábana, dejando totalmente al descubierto el cuerpo de Alice Tracy.

Fue tal la impresión que se llevó Robin Stockwell, pese a haberse

preparado para ello, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar.

Había heridas y quemaduras por todas partes, pero, especialmente, en los senos, vientre y cara interior de los muslos. Le habían mutilado, además, algunos de los dedos de manos y pies. Los que conservaba enteros no tenían uña. Se las habían arrancado.

También su sexo había sido «trabajado» y lo primero que se advertía, aparte de ser lo que más sobrecogía, es que le habían amputado el clítoris.

Robin Stockwell cerró los ojos apretadamente y se volvió, los puños tan crispados que sus nudillos estaban blancos.

El teniente Fox cubrió el cadáver con la sábana y devolvió el cajón al frigorífico.

—Le advertí que sería muy desagradable, Stockwell.

—¿Quién ha podido cometer una monstruosidad semejante? —dijo Robin, roncamente.

—Yo más bien me pregunto por qué. Y si supiera responderme, tal vez supiese también quién llevó a cabo este espantoso crimen. Pero no tengo respuesta, Stockwell.

—Parece obra de un loco.

—Lo cogeremos. Antes o después, pero lo cogeremos. Y pagará lo que ha hecho.

—Si lo descubro yo, desde luego. Le golpearé hasta que se me rompan los puños — masculló Robin.

—Con tal de que no lo mate...

—Tal vez lo haga.

Dennis Fox sonrió levemente.

—Le conozco bien, Stockwell y sé que sabrá frenarse cuando deba hacerlo. Robin le tocó el hombro afectuosamente.

—Estaremos en contacto, teniente —dijo y caminó hacia la puerta. Instantes después, se dirigía en su coche al 480 de Carey Street.

Doris Flavin, la muchacha que le contratara para buscar a Alice Tracy, tenía que saber que su amiga había muerto.

Y cómo había muerto.

Iba a ser tan doloroso para ella escucharlo como para él contárselo.

* * *

Doris Flavin contaba veintidós años y era tan bonita y tan bien formada como lo fuera la infortunada Alice Tracy. Tenía el pelo rojo y corto.

Le abrió en bata, porque acababa de salir de la ducha.

—Señor Stockwell... —murmuró, visiblemente sorprendida.

—Buenos días, Doris. ¿Puedo pasar?

—Desde luego.

Robin Stockwell entró en el apartamento, pequeño, pero limpio y ordenado.

—Disculpe que le reciba en bata, señor Stockwell, pero es que prácticamente acabo de dejar la cama. Como por las noches trabajo hasta muy tarde, por la mañana se me pegan las sábanas —explicó graciosamente la joven.

—Es natural —sonrió Robin.

—¿Le apetece una taza de café, señor Stockwell?

—No se moleste, Doris.

—Por Dios, qué va a ser molestia. Tome asiento y se lo sirvo en seguida.

—Gracias.

Robin se sentó en el diván y Doris Flavin se metió en la cocina, de donde salía apenas dos minutos después, portando una bandeja.

La depositó sobre la mesa de té, tomó la cafetera y llenó las dos tazas, sentándose seguidamente junto al investigador.

—¿Cuántos terrones? —preguntó, tomando las pinzas.

—Sólo uno —respondió Robin.

—Qué poco goloso es usted. Yo me pongo tres.

—Le bastaría con remover el café con uno de sus dedos.

—¿Por qué dice eso?

—Es usted una joven tan dulce, que...

Doris Flavin rió.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca, señor Stockwell. El investigador sonrió.

Pero era una sonrisa poco natural.

Doris Flavin supo captarlo y dejó de reír, empezando a sospechar que Robin Stockwell le traía malas noticias.

—¿Sabe algo de Alice, señor Stockwell? Robin bajó la mirada.

—Sí.

—¿La ha encontrado?

—La policía la encontró.

—¿Muerta?

Robin movió la cabeza afirmativamente.

—Oh, Dios... —gimió la joven, cubriéndose el rostro con las manos.

—La encontraron esta mañana —informó Robin.

Doris retiró las manos de su cara y le miró, los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo murió? Robin se lo explicó.

Doris, pálida, temblorosa y horrorizada, se echó en brazos del investigador y rompió a llorar amargamente.

Robin la estrechó contra su pecha, con ternura.

—Trate de sobreponerse, Doris.

—¿Quién pudo...?

—No lo sé, pero haré lo imposible por averiguarlo, se lo juro.

—Pobre Alice... Ella jamás hizo daño a nadie, no se merecía un final tan horrendo.

—Nadie se merece un final así, Doris —repuso Robin, acariciándole

suavemente el cabello.

La joven retiró la cabeza del hombro masculino.

—Tiene usted razón, señor Stockwell. Ningún ser humano, por ruin y perverso que sea, merece sufrir tanto. Pero Alice era una buena chica, no entiendo por qué tuvieron que...

—Lo sabremos cuando hayamos descubierto al canalla o grupo de canallas que llevaron a cabo la atrocidad.

—Encuéntrelos, señor Stockwell.

—Haré lo imposible, ya se lo he dicho.

—Sé que lo hará.

Robin extrajo su pañuelo y lo pasó por las mejillas de la muchacha, secando sus lágrimas.

Doris siguió abrazada a él. Se sentía muy bien así.

—Señor Stockwell...

—¿Por qué no me llama Robin?

—Robin...

—Así está mejor. ¿Qué es lo que iba a decirme?

—Que es usted un hombre muy amable y muy atento. Me ha tratado con mucho respeto desde el primer día.

—Yo siempre trato con respeto a la gente, Doris.

—Pero es que yo trabajo de camarera en un club nocturno, ligera de ropa y usted podría pensar que soy una chica fácil.

—Sólo pienso que es una chica encantadora.

—¿Lo dice de verdad?

—¿Tengo cara de estar mintiendo?

—Creo que no.

—Robin acabó de secarle los ojos y se guardó el pañuelo, diciendo:

—No me vuelva a llorar, que tiene unos ojos preciosos y se le ponen feos.

—Lo procuraré.

Robin le acarició la suave mejilla.

—¿Le importa sí...?

—Claro que no.

Robin la besó delicadamente en los labios. Luego, se separó de ella y se levantó del diván.

—Gracias por el café, Doris. Y por el beso. La joven se puso en pie también.

—Le acompañaré hasta la puerta, Robin.

Ya fuera del apartamento, el investigador se despidió de ella.

—Hasta pronto, Doris.

—Adiós, Robin.

Robin Stockwell caminó hacia la escalera y descendió por ella.

CAPITULO VII

Oliver Cobb cerró el paso de la corriente eléctrica tan sólo unos segundos después de haberla hecho funcionar.

El cuerpo desnudo de Samantha Bonner, prácticamente suspendido en el aire, aflojó su increíble tensión y volvió a descansar en la silla de tortura, estremecido de dolor.

La joven permaneció unos quince segundos con los ojos cerrados, la boca entreabierta, la respiración jadeante, las manos crispadas, mientras toda la piel de su cuerpo empezaba a brillar, al cubrirse de sudor.

Ahogados gemidos escapaban de su garganta, muy débiles, porque muy débil se sentía ella en aquellos momentos.

Lentamente, abrió los ojos. Vio a Oliver Cobb.

Su verdugo de ficción. ¿De ficción...?

¡No!

¡Oliver Cobb era un verdugo auténtico! ¡La estaba torturando de verdad!

¡La dolorosa descarga eléctrica que había recibido lo demostraba! Un terror infinito se apoderó de Samantha Bonner.

¿Qué estaba pasando allí?

¿Quiénes eran realmente Jerome Wilcox y Oliver Cobb? ¿Qué pretendían hacer con ella?

Samantha Bonner buscó con la mirada a Jerome Wilcox. Lo vio detrás de la cámara.

Filmando la escena.

Samantha fue a decir algo, pero en aquel preciso instante volvió a suceder. Oliver Cobb había dejado paso nuevamente a la corriente.

El cuerpo desnudo de Samantha Bonner saltó bruscamente, como propulsado por unas manos invisibles y, como la vez anterior, se tensó tan increíblemente que las sólidas correas amenazaron con estallar y dejarla libre.

Pero no.

Resistieron perfectamente.

También los oídos de Oliver Cobb y Jerome Wilcox resistieron el largo y desgarrador aullido que lanzó Samantha Bonner, mientras se retorcía de dolor en la silla de tortura, sintiendo temblar cada hueso, cada articulación, cada víscera de su cuerpo.

Aquello se repitió tres veces más, sin que de nada sirvieran los sollozos y las súplicas de la joven, cada vez más desesperada.

A la sexta descarga, Samantha Bonner, incapaz de resistir por más tiempo aquel espantoso sufrimiento, dobló la cabeza sobre su pecho y quedó totalmente inmóvil, su cuerpo desnudo chorreante de sudor.

Se había desmayado.

A la sexta descarga eléctrica, como le había indicado Jerome Wilcox. Pero no era un desmayo fingido.

Nadie mejor que ella lo sabía.

* * *

El penetrante olor del amoníaco hizo volver en sí a Samantha Bonner.

Oliver Cobb, que se había despojado ya de su roja capucha de verdugo, le mantenía la cabeza levantada, agarrándola por el rubio cabello y con la otra mano le aplicaba el frasco de amoníaco a las fosas nasales.

Al ver que la muchacha se recobraba, le soltó el pelo y retiró el frasco de su nariz, dejándolo sobre la pequeña mesa.

Samantha vio también a Jerome Wilcox.

Ya no estaba tras su cámara, sino frente a la silla de tortura, sonriente y satisfecho.

—Sensacional, Samantha —fue lo primero que dijo. La joven, antes de hablar, se miró.

Seguía sujeta a la silla de tortura, pero ya no tenía puestas las pequeñas pinzas de acero, aunque le dolían tanto los pechos y el sexo, que tenía la sensación de que seguían mordiendo despiadadamente sus pezones y su clítoris.

Samantha levantó lentamente la cabeza y miró a los dos hombres.

—Canallas... —pronunció quedamente, porque se sentía tan débil que apenas podía hablar.

Jerome Wilcox puso cara de idiota.

—¿Qué nos ha llamado, Oliver...?

—Canallas —repitió su ayudante.

—¿Y por qué...?

—No lo sé. Seguramente se ha metido tan de lleno en su papel de chica torturada, que ha llegado a sentir dolor de verdad.

—¡Y estaba sufriendo de verdad! —gritó Samantha, sacando fuerzas de donde no las tenía.

Jerome Wilcox y Oliver Cobb se miraron.

—¿Estás oyendo eso, Oliver...?

—Debe ser cosa de los nervios, señor Wilcox. Es su primera interpretación, y...

—¡Y un cuerno! —volvió a gritar Samantha, cerrando las manos apretadamente.

—Cálmate, preciosa —rogó Wilcox, acariciándole el muslo derecho.

—¡No me toque con sus repulsivas manos! —se estremeció la joven.

—Pero ¿qué diablos te pasa? —preguntó el director, retirando al instante su mano. Samantha lo desintegró con la mirada.

—¿Y todavía me lo pregunta? ¡Me engañó usted, señor Wilcox! ¡Los aparatos y los instrumentos de tortura no están trucados, son de verdad!

—Oh, no —sacudió la cabeza Wilcox.

—¡Las pinzas de acero mordieron mis pechos y mi sexo hasta hacerme

gritar de dolor, y las descargas eléctricas eran auténticas!
—¿Que las pinzas...? —parpadeó Wilcox.
—¿Por qué no se pone usted una y lo comprueba?
—Las tres; me voy a poner las tres. Bueno, mejor se las pongo a Oliver, que está desnudo; así me ahorro el desvestirme. ¿Tienes inconveniente, Oliver?
—Ninguno, señor Wilcox —sonrió su ayudante.
Jerome Wilcox tomó las tres pinzas metálicas que descansaban sobre la mesa, a las que seguían conectados los cables eléctricos y colocó las dos más pequeñas en las tetillas de Oliver Cobb.
Este ni siquiera pestañeó.
Samantha pensó que el fornido Oliver resistía perfectamente la dolorosa mordedura de los dientecillos de la pinza, y que por eso su rostro no se alteraba lo más mínimo. Wilcox indicó:
—Quítate el taparrabos, Oliver.
Este obedeció, y sus órganos genitales quedaron al descubierto, sin ponerse nervioso por ello.
Wilcox le colocó la pinza más grande en el extremo del pene. Oliver Cobb siguió imperturbable.
Samantha Bonner comenzó a dudar.
El glande masculino es tan sensible al dolor como el clítoris femenino y ella no podía olvidar lo mucho que había sufrido cuando Oliver se lo aprisionó con la pinza metálica. El ayudante de Wilcox, sin embargo, no parecía sentir nada.
La miraba sin pestañear, la mar de tranquilo, con una suave sonrisa en los labios.
—¿Convencida, Samantha...? —preguntó Jerome Wilcox.
La joven no respondió. Siguió con los ojos fijos en el sexo de Oliver Cobb. De pronto, gritó:
—¡La corriente! ¡Dé paso a la corriente!
—Oh, sí, la corriente —cabeceó Wilcox, riendo—. Prepárate para temblar de dolor, Oliver.
—Seguro que me subo por las paredes —rió también su ayudante.
Jerome Wilcox accionó el mismo interruptor que antes accionara Oliver Cobb. No pasó nada.
Absolutamente nada.
Samantha Bonner se quedó perpleja. No entendía lo que estaba pasando.
Jerome Wilcox, siempre sonriente, preguntó:
—¿Necesitas alguna prueba más, Samantha? La joven no contestó.
—Puedes quitarte las pinzas, Oliver —indicó Wilcox.
Oliver Cobb se las quitó las tres y se colocó el breve taparrabos, ocultando lo que había estado mostrando con evidente orgullo, porque se consideraba un macho magníficamente dotado.
Y Samantha estaba de acuerdo.

Especialmente, si lo comparaba con Jerome Wilcox.

El director de cine era bastante ridículo en ese aspecto.

Para colmo, su barrigón dificultaba las cosas, y era muy poco lo que él podía ofrecer a una mujer.

Seguro que no dejaba plenamente satisfecha a ninguna. Ella, lo recordaba muy bien, no había sentido nada.

Jerome Wilcox se acercó a la silla de tortura y volvió a acariciarle el muslo derecho. Samantha no protestó esta vez.

Wilcox, en tono suave, dijo:

—Todo ha sido producto de tu imaginación, Samantha. Ya me extrañaba a mí que tu interpretación hubiese sido tan portentosa. No es normal, en una actriz que empieza su carrera. Te salió tan bien porque tú sentías auténtico dolor. No físicamente, porque ni las pinzas ni la falsa corriente te hacían el menor daño, pero sí mentalmente, porque te habías autosugestionado con tu papel de heroína atormentada y reaccionabas como hubiera reaccionado ella, de ser una historia verídica, en vez de ideada y escrita por mí. Samantha, que lo miraba como una tonta, porque cada vez estaba más confusa, murmuró:

—Me duele todo el cuerpo, señor Wilcox, y me siento débil...

—De los violentos esfuerzos que realizaste en la silla, cuando creíste recibir auténticas descargas eléctricas. Si casi rompes las correas, con lo fuertes que son —sonrió Wilcox, que seguía acariciándole el muslo.

—¿Y el terrible escozor que siento en los pezones y en el sexo...?

—Desaparecerá en cuanto te convenzas de que todo fue producto de tu mente — aseguró Wilcox y le acarició suavemente los senos con ambas manos.

Samantha lanzó un gemido de dolor cuando los gruesos dedos del director rozaron las puntas de sus senos.

—No, por favor —suplicó, arrugando la cara—. Me duelen...

Jerome Wilcox retiró sus manos de los pechos de Samanta Bonner y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Lo que necesitas es descansar un par de horas, pequeña. A la tarde seguiremos con los ensayos. Oliver, quítale las correas y llévala a su alcoba —ordenó a su ayudante.

Oliver se apresuró a abrir las correas y ayudó a la joven a levantarse de la silla de tortura.

Samantha tuvo que apoyarse en los robustos hombros de él, para no derrumbarse, pues notó que las piernas se le doblaban.

—Será mejor que la tomes en brazos, Oliver —indicó Wilcox, al observar la inseguridad de la muchacha.

Oliver lo hizo, y así, completamente desnuda, la sacó del lúgubre sótano y la llevó a una de las habitaciones del piso alto de la casa.

La habitación era espaciosa, pero un tanto siniestra.

Al menos, eso le pareció a Samantha, que iba cogida del vigoroso cuello de Oliver y sentía la mano de éste sobre la curva de su seno izquierdo.

De algún sitio tenía que cogerla, claro.

La verdad es que el ayudante de Wilcox no había intentado aprovecharse de ella, pese a llevarla en sus brazos sin ninguna ropa.

La cama se hallaba al fondo de la vieja alcoba. Una cama amplia, con dosel.

Oliver retiró el cubre y depositó a Samantha en el lecho, con suma delicadeza, tapándola seguidamente hasta el cuello. Se miraron el uno al otro.

A los ojos. Fijamente. Largamente.

Samantha rompió el embarazoso silencio, rogando:

—No me deje sola, Oliver.

—¿De veras desea que me quede con usted?

—Sí, por favor.

Oliver se desprendió del descarado taparrabos, el cual dejó caer al suelo.

Samantha no pudo evitar el bajar la mirada, posándola donde él esperaba y deseaba que la posara.

Oliver permaneció unos segundos así, exhibiendo orgulloso su masculinidad. Samantha se esforzaba por disimular su nerviosismo, pero no lo conseguía.

Por fortuna para ella, Oliver no prolongó más su exhibición y se metió en la cama, rodeándola inmediatamente con sus musculosos brazos.

Pero cálidamente, como si temiera lastimarla.

La besó en los labios con ternura y comenzó a acariciarla.

Tan suave y sabiamente le recorrió todo el cuerpo con sus anchas manos, que Samantha dejó de sentir dolor y empezó a sentir placer, incluso en aquellas zonas donde las pinzas de acero la habían hecho sufrir tanto.

Por eso, cuando Oliver Cobb se colocó encima de ella y buscó su hendidura íntima con su miembro, erguido y poderoso, Samantha Bonner, en vez de poner objeciones, dio toda clase de facilidades.

Con Jerome Wilcox no había sentido nada, pero con su hercúleo ayudante iba a sentir mucho.

Estaba segura de ello.

CAPITULO VIII

Faltaban sólo unos minutos para la una, cuando Robin Stockwell entró en su oficina. Connie Sands, la atractiva joven de pelo castaño cortado a lo chico, que durante más de dos años había sido su secretaria, se puso en pie al verle llegar.

—¿Era Alice Tracy, Robin...? —preguntó, con viva ansiedad. El investigador asintió gravemente con la cabeza.

—Sí, era ella.

—Dios mío, pobre muchacha... ¿Se lo has dicho ya a Doris Flavin, la joven que te contrató?

—Sí, vengo de su apartamento.

—Habrá sido un golpe terrible para ella.

—Ya puedes suponértelo. Que la asesinaran, cuando no había motivo para ello, según Doris, ya es horrible y doloroso; pero que la torturaran de esa manera, antes de acabar con ella...

Connie se estremeció perceptiblemente.

—¿De veras fue tan horrible, Robin?

—Tanto, que no hay palabras para expresarlo. Es el crimen más espantoso que se haya cometido jamás. Ni siquiera Jack el Destripador cometía unos crímenes tan horrendos.

—No sigas, Robin, que ya me tiemblan las piernas —gimió la joven Stockwell la tomó por la cintura y la atrajo suavemente hacia sí.

—Gracias por haberte quedado en la oficina, Connie.

—No tiene importancia.

—¿Llamó Luke Gardner?

—Sí, al poco de irte tú.

—¿Y...?

—No encontró nada de lo que a ti te interesaba.

—Claro. Alice Tracy no fue a San Francisco. La secuestraron en Los Angeles y en Los Angeles acabaron con su joven existencia. Más tarde telefonearé a Gardner y le informaré de todo.

—Yo ya le adelanté que habías ido a ver el cadáver de una muchacha, porque sospechabas que pudiera tratarse de Alice Tracy.

—Bien. Puedes marcharte ya, Connie. Y que seas muy feliz con Robert.

—¿Robert...?

—¿No se llama así el tipo con quien vas a casarte esta tarde?

—Se llama Richard.

—Oh, sí, eso. Bueno, pues que seas muy feliz con Richard.

—Lo mismo te deseo a ti, con tu nueva secretaria.

—Lo he estado pensando y seguramente no pondré ninguna.

—¿Por qué?

—Me había acostumbrado a ti, ya te lo dije.

—¿Tratas de engatusarme, para que me quede?

—No.

—Que te conozco bien, Robin, y sé lo zorro que eres.

—Te estoy hablando sinceramente, Connie. Tú dijiste que me importas menos que una guitarra a un manco y eso no es verdad.

—Bueno, quizá te importe un poco, pero...

—Mucho, créeme.

—Si eso fuera cierto, no me dejarías marchar.

—¿Cómo podría retenerte?

—Poniéndote en el sitio de Richard. Robin pestañeó.

—¿Me estás proponiendo...?

—Sí.

Robin movió la cabeza.

—El matrimonio no es para mí, Connie.

—No, ya sé que no —mascullo la joven—. Tú no te conformas con un buen par de piernas femeninas y lo que hay entre ellas; quieres disponer de varios pares. Y, cuando las tienes muy vistas, las cambias por otras.

—Las tuyas no me cansaría jamás de mirarlas, las tienes preciosas.

—No me subas la falda.

—Sólo quería acariciártelas por última vez.

—Olvídalo. Ya le he puesto los cuernos a Richard una vez y no quiero que se repita. Robin tosió.

—La idea fue tuya, Connie —recordó.

—Y bien arrepentida que estoy.

—Yo no, te lo aseguro.

—Claro, como tú no vas a casarte con Richard...

—No me atraen las piernas musculosas y peludas —bromeó el investigador.

—Anda y que te zurzan —rezongó Connie, librándose de él. Tomó su bolso y caminó hacia la puerta, taconeando con fuerza. Cuando ya la abría, oyó la voz de Robin:

—Connie.

La joven volvió la cabeza.

—¿Qué?

—Me gustas.

—¿Yo y cuántas más?

—Una docena larga. Pero tú, más que ninguna.

—Eso también se lo dirás a las otras.

—No, sólo te lo he dicho a ti.

—Pues muchas gracias, pero no sirve de nada —gruñó Connie Sands y salió de la oficina, cerrando tras de sí.

Robin Stockwell dio un suspiro y penetró en su despacho.

Sentado ya en su sillón, telefoneó a Luke Gardner, pero éste no se hallaba en su oficina, y no pudo hablar con él.

A continuación, Robin llamó a Samantha Bonner.

Al ver que no cogía el teléfono, dedujo que la joven no había regresado todavía de su entrevista con el director de cine y colgó el auricular.

Robin dejó su oficina y montó en su coche.

Minutos después, lo estacionaba frente a un restaurante donde solía comer a veces. Apenas entrar en él, descubrió a la muchacha morena que subiera al despacho del director de cine un par de minutos antes que Samantha Bonner.

La joven ocupaba una mesa apartada y en aquel momento encargaba el almuerzo a un empleado, con el gesto más bien serio, por lo que Robin adivinó que ella no había sido la elegida.

Estaría mucho más alegre, si le hubiesen ido bien las cosas con el director de cine. Robin esperó a que el empleado se alejara y entonces se acercó a la mesa de la chica.

CAPITULO IX

Tras la unión sexual, prolongada e intensa, Samantha Bonner se durmió plácidamente entre los acerados brazos de Oliver Cobb, cuyas manos siguieron acariciándola con suavidad aun después del acto amoroso.

Lo primero que hizo el ayudante de Jerome Wilcox, al comprobar que la joven se había dormido, fue adelantar un par de horas el despertador que descansaba sobre la mesilla de noche, grande y antiguo, con un «tictac» fuerte y molesto.

Después, se separó muy lentamente de Samantha para no despertarla, y se levantó de la cama, colocándose el taparrabos.

Entonces, palmeó suavemente las mejillas de la muchacha.

—Despierta, Samantha. La joven abrió los ojos.

—Oliver...

—El señor Wilcox nos espera.

—Pero, si acabamos de...

—De eso hace ya dos horas.

—¿Dos horas...?

Oliver señaló el viejo despertador.

—Oh, es cierto... —murmuró Samantha.

—Cuando se duerme a gusto, el tiempo nasa volando —sonrió Oliver.

—El caso es que sigo estando débil, cansada y dolorida...

—¿Quieres que te lleve en brazos?

—Sí, por favor.

Oliver retiró el cubre y cargó con ella sin el menor esfuerzo.

Samantha le rodeó el cuello con sus cálidos brazos y le besó en los labios.

—Qué fuerte eres, Oliver.

—Y tú qué hermosa —repuso él, devolviéndole el beso.

En los ojos de Samantha Bonner apareció una sombra de preocupación.

—No dejarás que me ocurra nada malo, ¿verdad, Oliver?

—Nada malo puede ocurrirte, Samantha.

—En la silla de tortura...

—Sólo fue tu imaginación.

—¿Y la bofetada que me diste? ¿También imaginé que era tremenda?

—¿Te hice daño?

—Bastante.

—Lo siento, no era ésa mi intención. Pero tengo la mano tan dura, que...

Samantha le besó tiernamente.

—No vuelvas a hacerme daño, Oliver, y sabré agradecértelo.

—No temas, te trataré con el máximo cuidado —prometió el ayudante de Wilcox y echó a andar.

Tres minutos después, estaban en el húmedo sótano.

Jerome Wilcox había desplazado su cámara, que ahora enfocaba un

decorado, iluminado ya por las luces, en cuyo centro había un siniestro potro de tortura.

Samantha Bonner sintió un escalofrío, sólo de verlo.

Y es que ya se veía tendida sobre el potro, sujeta a él con cuerdas, y a Oliver Cobb, con su capucha de verdugo, haciendo girar la rueda, estirando más y más su cuerpo desnudo, haciendo crujir sus huesos y sus articulaciones...

Se llenó de terror, no pudo evitarlo, y se apretó al musculoso pecho del ayudante de Wilcox, musitando su nombre:

—Oliver...

Este le presionó el cuerpo con sus manos, como para infundirle ánimo.

—Tranquila, Samantha. No sentirás ningún dolor, No te causará ningún daño. Jerome Wilcox que había escuchado las palabras de su ayudante, sonrió y dijo:

—Es cierto, Samantha. No sentirás ningún dolor, por mucho que Oliver haga girar la rueda. De todos modos, me gustaría que te autosugestionases de lo contrario, como en el ensayo de la secuencia anterior, para que tus gritos de dolor y tus gestos de sufrimiento parezcan tan auténticos como antes. Si lo consigues, la escena saldrá fabulosa.

Samantha no dijo nada. Siguió mirando el potro. Con evidente terror.

Fijamente.

A una indicación de Jerome Wilcox, Oliver Cobb depositó a Samantha Bonner sobre el potro y la obligó a tenderse, sujetándole seguidamente las muñecas y los tobillos con gruesas cuerdas de cáñamo.

—Ponte la capucha, Oliver —dijo Wilcox—. Voy a empezar a filmar, Oliver se la colocó y se situó junto a la rueda, la cual atrapó.

—Estoy listo, señor Wilcox.

—Muy bien. ¡Acción! Oliver hizo girar la rueda. Con un brusco movimiento.

Las cuerdas tiraron de las muñecas de Samantha, cuyo cuerpo se tensó.

La joven estuvo a punto de lanzar un grito, porque sintió dolor en los hombros, en las caderas y en la» ingles, pero logró contenerse y se limitó a contraer el rostro.

Oliver movió de nuevo la rueda.

El cuerpo de Samantha Bonner se tensó aún más y el crujido de sus huesos quedó ahogado por el alarido que brotó de su garganta, porque ahora sentía dolor en toda su persona.

Un dolor insufrible. Espantoso.

—¡No...! —chilló, con los ojos apretados—. ¡Basta, por favor! Pero Oliver Cobb no hizo caso.

Siguió girando la rueda.

Tensando cada vez más el cuerpo desnudo de Samantha Bonner, que rápidamente se cubrió de sudor.

Los chillidos de la torturada eran largos y desgarradores; sus contracciones

de dolor, estremecedoras; sus espasmos de sufrimiento, sobrecogedores.

Aquel horrible tormento se prolongó durante más de quince minutos, para desesperación de Samantha Bonner, que ya no sabía de qué modo implorar piedad a aquel par de monstruos que eran Jerome Wilcox y Oliver Cobb.

Porque Samantha Bonner ya no tenía ninguna duda de que lo eran. La estaban torturando de verdad.

El dolor que sentía hasta en lo más hondo de sus entrañas no era imaginado por ella, era real, auténtico.

Tan real y auténtico, que Samantha Bonner se desmayó, como en la silla de tortura.

CAPITULO X

—¿Le importa que almorcemos juntos, señorita? —preguntó Robin Stockwell a la preciosa joven morena, con una sonrisa franca y cordial.

Ella se quedó mirándolo.

Después de ponerse aún más seria de lo que estaba, respondió:

—Naturalmente que me importa.

—Oh, no piense que soy un ligón.

—Pues tiene cara de eso. Robin rió.

—Eso mismo me dijo Samantha Bonner, cuando la conocí.

La muchacha morena entornó ligeramente los ojos.

—¿Quién es Samantha Bonner?

—¿No la conoce usted?

—¿Por qué iba a conocerla?

—Subió al despacho del director de cine un par de minutos después que usted.

—¿La chica rubia, del vestido color malva...?

—Esa —asintió Robin—. La llevé allí en mi coche. Mientras desayunábamos en la cafetería de enfrente, la vimos llegar a usted, en un taxi.

—Ya entiendo.

—Al entrar en el restaurante, y reconocerla, pensé que quizá no le importaría que almorzásemos juntos. Así, entre bocado y bocado, me podría explicar usted cómo le fueron las cosas.

—Mal; muy mal.

—Oiga, pues no lo entiendo, porque es usted una muchacha preciosa, con una silueta maravillosa.

—Pero tengo un gran defecto.

—¿Cuál?

—Soy decente. Robin arrugó el ceño.

—¿Insinúa usted que el director es un pájaro de cuenta...?

—Es un cerdo. Y no lo insinúo, lo afirmo rotundamente. Robin señaló una silla vacía.

—¿Puedo...?

—Sí, siéntese —autorizó la joven.

Robin acercó la silla a la mesa y se sentó frente a la muchacha.

—Me llamo Robin Stockwell. ¿Y usted...?

—Marjorie Ardey.

—¿Le importaría contarme lo que pasó, Marjorie?

—Antes dígame que relación le une a Samantha Bonner.

—Es una buena amiga.

—¿Intima?

—Sí.

—¿Se quieren ustedes?

—Bueno, tanto como eso... Samantha sabe que yo tengo otras amigas y no le importa.

—Entiendo.

—¿Por qué me lo ha preguntado?

—Si Samantha fuese su novia, no le diría lo que ese director hizo conmigo, porque sospecho que también lo hizo con ella y no quiero que haya problemas entre ustedes dos por mi culpa.

—No es mi novia, ya se lo he dicho.

—Bien, entonces puedo contárselo. Jerome Wilcox, que así se llama ese gusano, me pidió que me quitara la ropa, al poco de hacerme pasar a su despacho. Toda la ropa.

—Bueno, el desnudo en el cine es ya algo muy corriente y es lógico que... —carraspeó Robin.

—Sí, lo sé, por eso obedecí, y me lo quité todo. El me escrutó largamente, por delante y por detrás, con sus fríos ojos. De pronto cuando yo le daba la espalda, se levantó y vino hacia mí. Me preparé para darle una bofetada, porque creí que iba a ponerme las manos encima.

—¿Y no lo hizo?

—No, no me tocó, pero después de ponerme muy nerviosa, con su proximidad, me dijo que iba a aplicarme la brasa de su cigarro en la nalga.

—¡Demonios!

—No, no lo hizo. Sólo quería aterrorizarme. La joven le explicó por qué y añadió:

—Mi gesto de terror le gustó y dijo que el papel era mío. Yo me alegré muchísimo, claro, y le di las gracias. Pero él quería que se las diera sobre el sofá, ya puede usted suponerse cómo. No me lo dijo claramente, pero tampoco era difícil adivinarlo. Cuando yo empezaba a vestirme, de espaldas a él, me abrazó súbitamente y me aprisionó los senos con sus repugnantes manos. En ese instante comprendí lo que tenía que hacer, si quería que él no se volviese atrás y le diese el papel a otra aspirante más complaciente. Pero no quise hacerlo. Me asqueaba Jerome Wilcox y me asqueaba tener que pasar por el aro, así que me libré de él, me vestí rápidamente y me largué, después de decirle que era una rata gorda y asquerosa. Quiero ser actriz de cine, pero si para eso tengo que abrirme de piernas en los despachos de los directores, desde ahora mismo renuncio a ello.

Robin Stockwell quedó pensativo. Y algo preocupado.

Y su preocupación aumentó cuando Marjorie Ardey aseguró:

—Su amiga pasó por el aro, Robin.

—¿Cómo lo sabe?

—Consiguió el papel.

—¿Samantha...?

—Sí.

—¿Se lo dijo ella?

—No, yo abandoné la oficina de Jerome Wilcox apenas salir de su

despacho, roja de ira y de vergüenza, porque aún sentía el húmedo y viscoso contacto de sus gruesas manos en mis pechos. Entré en la cafetería de enfrente y ocupé una mesa junto a la ventana. Tenía curiosidad por saber cuál de las chicas que había arriba se dejaba hacer el amor por el puerco de Jerome Wilcox y conseguía el papel. Media hora después, veía bajar a todas las aspirantes, serias y malhumoradas. Todas... menos la chica rubia del vestido color malva. Sí, Samantha Bonner había quedado arriba. Deduje inmediatamente que Jerome Wilcox le había dado el papel a ella. Y no me equivoqué. Apenas unos minutos después, Samantha, Jerome Wilcox y Oliver Cobb, el ayudante del director, bajaban de la oficina. Samantha se veía muy contenta. Subieron los tres a un coche y se marcharon.

—¿Qué clase de coche?

—Un «Buick» marrón.

—¿Se fijó en la matrícula?

—No.

—Descríbame a Jerome Wilcox y su ayudante. La joven lo hizo.

Robin Stockwell se levantó.

—Gracias por la información, Marjorie.

—¿Se marcha...?

—Sí.

—¿No dijo que deseaba almorzar conmigo...?

—Me encantaría, créame. Pero, después de lo que me ha contado, debo encontrar urgentemente a Samantha.

—¿Le ha molestado que ella y el director...?

—Samantha ya es mayorcita y puede hacer el amor con quien le apetezca o le convenga hacerlo. No es eso lo que me preocupa, sino la clase de película que va a rodar Jerome Wilcox. O que dice que va a rodar, porque le confieso que yo tengo mis dudas. ¿Sabe usted que esta misma mañana ha sido hallado el cadáver de una muchacha bonita y de espléndida figura, que fue salvajemente torturada antes de morir?

Marjorie Ardey sintió un estremecimiento.

—¿De veras...?

Robin asintió con la cabeza y añadió:

—La chica llevaba dos días muerta. Puede que Jerome Wilcox y su ayudante no tengan nada que ver en ese crimen, pero un sexto sentido me dice que tienen que ver bastante.

—Ojalá se equivoque, porque de lo contrario, su amiga Samantha corre un gran peligro... —murmuró la joven.

—Usted lo ha dicho, Marjorie —asintió Robin, y salió rápidamente del restaurante.

CAPITULO XI

Cuando Samantha Bonner volvió en sí, ayudada por el fortísimo olor del amoníaco, seguía tendida sobre el potro de tortura, sus muñecas y tobillos cercados por las gruesas cuerdas de cáñamo.

Su cuerpo desnudo, mojado de sudor, ya no estaba tenso, sino relajado, porque Oliver Cobb había aflojado las cuerdas.

Pero Samantha sentía casi tanto dolor como antes, cuando Oliver hacía girar la rueda y tensaba más y más sus miembros.

Muñecas, codos, hombros, cuello, omoplatos, espina dorsal, caderas, ingles, rodilla, tobillos...

En todos esos sitios sentía un dolor tan vivo tan difícil de soportar, que Samantha lloró, entre gemidos y quejidos.

Ella misma se asombró de que le quedasen lágrimas en los ojos, pues pensaba que las había derramado todas durante el largo y doloroso tormento.

Jerome Wilcox, situado a la izquierda del potro de tortura, se apresuró a acariciar las pálidas mejillas de la atormentada.

—Genial, Samantha. Casi has superado tu actuación en la silla de tortura.
Samantha lo miró.

Veía su cara borrosa a causa de las lágrimas que inundaban sus ojos. Luego, miró a Oliver Cobb.

El ayudante de Wilcox se hallaba a su derecha y de nuevo se había despojado de la capucha de verdugo.

Samantha estuvo a punto de llamarlos canallas a los dos, como cuando se recobró en la silla de tortura, pero se contuvo.

Si aquel par de sádicos monstruosos querían hacerle creer que todo el dolor que había sufrido, era fruto de su imaginación, ella les llevaría la corriente.

Era el único medio de escapar de ellos.

Si les obligaba a confesar que los aparatos e instrumentos de tortura eran auténticos y que la estaban atormentando de verdad, ya no tendría la menor posibilidad de escapar de sus garras.

Con voz entrecortada por el llanto, que Samantha se esforzaba ahora por contener, preguntó:

—¿De veras... de veras he estado tan bien como dice, señor Wilcox...?

—Insuperable. Que lo diga Oliver.

—Realmente fantástica, Samantha —dijo el ayudante—. Te retorcías en el potro como si te estuviesen descoyuntando de verdad y los gritos de dolor parecían auténticos.

—Así me encuentro yo ahora, de dolorida y fatigada...

—Es natural, dados los esfuerzos que realizas en cada interpretación —sonrió Wilcox, sin dejar de acariciarle el rostro—. Un baño de agua tibia te relajará y te ayudará a recobrar las fuerzas. Ya lo tienes preparado. Oliver, desátala v llévala a la bañera

El fornido Oliver le soltó las cuerdas y la cogió en brazos.

Pese a que lo hizo con suma delicadeza, Samantha no pudo reprimir un grito. Porque le seguía doliendo todo.

—Tranquila, pronto estarás bien —aseguró Oliver Cobb y la llevó hacia el decorado que simulaba ser un cuarto de baño.

La bañera estaba llena y en ella depositó Oliver a Samantha.

El agua, en efecto, estaba tibia, y Samantha sintió un gran alivio al quedar sumergida en ella hasta el cuello.

Cerró los ojos y quedó inmóvil, estirada en la bañera.

Oliver tomó una esponja y empezó a pasarla suavemente por el cuerpo de la joven. Samantha entreabrió los ojos y le miró.

Vio que él le sonreía agradablemente.

Como si fuera la persona más noble de este mundo. Samantha no dijo nada.

Volvió a cerrar los párpados y dejó que Oliver le pasara la esponja una y otra vez por el pecho, los hombros, los costados, el vientre, las caderas, los muslos...

Aquello, al menos, no le producía ningún dolor sino más bien todo lo contrario porque la esponja era como una mano suave y experta que se lo acariciaba todo

Oliver empezó a recrearse en las zonas erógenas y el placer de Samantha aún fue mayor hasta el punto de que tuvo que apretar los labios para contener los gemidos de gozo.

Inconscientemente, porque no quería que Oliver se diese cuenta de que la estaba excitando muchísimo separó ligeramente los muslos.

Un segundo después, Oliver centraba toda su atención allí. Samantha quiso cerrar las piernas, pero ya era tarde.

Y, en el fondo, se alegró de no poder impedir que él le estimulase lo más íntimo de su persona.

Había sufrido tanto en el potro de tortura, que unos minutos de intenso gozo serían el mejor bálsamo para mitigar el dolor que aún tenía metido en el cuerpo.

La respiración de Samantha se tomó fuerte, profunda, jadeante, y toda ella empezó a temblar perceptiblemente, hasta que, de pronto, se crispó, sus muslos se contrajeron y las sacudidas del placer supremo la recorrieron de pies a cabeza, estremeciéndola deliciosamente.

Después, Samantha quedó nuevamente relajada. Oliver ya no le pasaba la esponja.

Samantha abrió los ojos. Él le sonrió.

—¿A qué te sientes mejor?

—Sí... —respondió ella y era verdad.

—No te muevas de aquí, vuelvo en seguida. Samantha siguió en la bañera.

No hubiera podido salir de ella, aunque hubiese querido.

Le dolían demasiado los huesos y se sentía terriblemente débil.

Tenía que intentar la huida por la noche, cuando Jerome Wilcox y Oliver Cobb durmiesen. Para entonces, esperaba hallarse en mejores condiciones físicas.

Lo que Samantha Bonner no sabía es que por la noche se sentiría mucho peor, porque las crueles torturas iban a continuar.

Empezó a sospecharlo cuando descubrió que la cámara de Jerome Wilcox enfocaba ahora aquel simulado cuarto de baño y sus sospechas se confirmaron cuando vio regresar a Oliver Cobb, con su roja capucha de verdugo puesta.

El terror se apoderó nuevamente de la joven.

Y eso que no había descubierto el reóstato (*Instrumento para hacer variar la resistencia de un circuito eléctrico, que también sirve para medir la resistencia de los conductores*), colocado a los pies de la bañera.

Jerome Wilcox, detrás de su cámara, encendió las luces y se dispuso a filmar. Samantha Bonner intentó salir de la bañera, pero no tuvo fuerzas suficientes, Oliver Cobb tomó un cable eléctrico del suelo y lo introdujo en la bañera.

Samantha se estremeció de horror.

—¡Oliver! —gritó.

—No te pongas nerviosa, Samantha.

—¿Qué vas a hacerme?

—Nada, tranquilízate. Sólo se trata del ensayo de otra escena. Yo simularé que hago pasar la corriente y tú chillarás y te retorcerás en la bañera, como si realmente estuvieses recibiendo descargas eléctricas.

Samantha notó un fallo cardiaco.

¡Ella sabía que Oliver haría pasar la corriente de verdad! ¡Iba a recibir un auténtico baño eléctrico!

Presa del pánico, Samantha sacó fuerzas de flaqueza y trató de incorporarse.

Y quizá lo hubiera conseguido, porque una persona desesperada es capaz de lograr cosas increíbles, pero Oliver Cobb le soltó un duro revés y la dejó nuevamente tendida en la bañera, incluso con la cabeza metida en el agua.

Oliver esperó a que la sacara y entonces hizo funcionar la corriente.

Un alarido infrahumano desgarró la garganta de Samantha Bonner, al tiempo que todo su cuerpo temblaba en el agua, brutalmente estremecido por la descarga eléctrica.

Sus ojos, extremadamente abiertos, parecían a punto de saltar de sus órbitas y sus manos estaban tan horriblemente crispadas que daba la estremecedora sensación de que iban a romperse en pedazos.

Oliver Cobb cortó la corriente y el cuerpo desnudo de Samantha Bonner dejó de temblar, aunque siguió rígido y estremecido de dolor.

La infortunada joven, ahora con los ojos cerrados, sollozaba, gemía y emitía quejidos. El canalla de Oliver Cobb dio paso nuevamente a la corriente y Samantha Bonner brincó violentamente en la bañera, levantada por la descarga eléctrica a la vez que otro aullido desgarrador surgía de su garganta.

El otro canalla, Jerome Wilcox, siguió filmando la terrible escena.

Hasta que Samantha Bonner se desmayó, rota de sufrimiento y de dolor, lo cual sucedió al recibir la quinta descarga eléctrica.

CAPITULO XII

Robin Stockwell estacionó su «Dodge» frente al 312 de Dukeland Street, salió rápidamente de él y subió al despacho de Jerome Wilcox.

Pulsó el timbre.

Como ya esperaba, nadie le abrió.

Robin se metió la mano en el bolsillo y extrajo un completo juego de ganzúas. Diez segundos después, penetraba en la oficina del director de cine.

Fue hacia las dos puertas que se veían al fondo.

Abrió primero la de la izquierda, descubriendo la sala donde las aspirantes al papel aguardaran a ser entrevistadas por Jerome Wilcox.

Robin entró en ella y abrió la otra puerta, la que comunicaba con el despacho de Wilcox.

Revisó los cajones de la mesa. Todos estaban vacíos.

Las sospechas del investigador se acentuaron, pues no era lógico que ni sobre la mesa ni en sus cajones hubiese nada.

Llegó fácilmente a la conclusión de que aquella oficina había sido alquilada por Jerome Wilcox exclusivamente para recibir a las chicas que aspirasen al papel de su nueva película y lo más probable era que ni él ni Oliver Cobb, su ayudante, volvieran por allí.

¿Para qué iban a volver, si nada tenían que recoger? Robin se acercó al sofá, se inclinó sobre él y lo olisqueó.

El personal perfume que usaba Samantha Bonner seguía flotando allí.

Ello, unido a las pequeñas manchas que descubrió en el asiento, y que rápidamente identificó como esperma masculino, le convencieron de que Marjorie Ardey, la muchacha morena con la que se tropezara casualmente en el restaurante, estaba en lo cierto.

Samantha había pasado por el aro.

Para no quedarse sin el papel, se había entregado al cerdo de Jerome Wilcox y había hecho el amor con él en aquel sofá.

Robin Stockwell no perdió más tiempo en aquel lugar.

Bajó con rapidez a la calle, subió a su coche, y se dirigió al apartamento de Ronald Ellery, un veterano crítico de cine con el que le unía una buena amistad.

Tuvo suerte y le pilló allí, devorando el suculento almuerzo que él mismo se había preparado, porque se trataba de un solterón empedernido.

—¡Robin, qué sorpresa! —exclamó el crítico, al abrir la puerta, y le dio un cariñoso abrazo.

—Yo también me alegro de verte, Ronald —sonrió el investigador—. ¿Cómo te va?

—Bien, no tengo queja. Tengo un trabajo que me gusta, tengo salud, tengo buen apetito, tengo mujeres... ¿Qué más puede desear un hombre?

—Nada.

Ronald Ellery rió y preguntó:
—Tampoco puedo quejarme. Me gusta mi trabajo, me siento fuerte, como casi tanto como un caballo y conozco unas cuantas chicas bonitas a las que no les importa compartir su cama conmigo siempre que a mí me apetece.
El crítico levantó un puño y exclamó:
—¡Hurra por los solteros!
—¡Hurra! exclamó Robin, levantando el suyo. Los dos amigos rieron alegremente.
De pronto, Robin Stockwell se puso serio y murmuró;
—Ronald...
—¿Sí, Robin?
—He venido a verte porque llevo un caso entre manos que puede estar relacionado con el mundo del cine.
—¿De veras...?
—¿Conoces a un director llamado Jerome Wilcox?
—No.
—Piensa.
—Mi memoria es buena, tú lo sabes. No he oído hablar de ningún director de cine llamado Jerome Wilcox. Y si yo no he oído hablar de él, es que no existe.
—Te lo describiré, porque es posible que ese nombre sea falso.
—De acuerdo, hazlo.
—Unos cuarenta años de edad, grueso, tirando a bajo, casi calvo, ojos azules, fríos y penetrantes...
Ronald Ellery levantó una mano, interrumpiéndole.
—No sigas, Robin.
—¿Ya sabes de quién se trata?
Él crítico de cine asintió con la cabeza.
—Su verdadero nombre es Walter Freemon.
—Háblame de él, cuéntame todo lo que sepas —rogó Robin, con viva ansiedad.
—Walter Freemon es un fracasado, Robin. Intentó desesperadamente abrirse camino en el mundo del cine, pero era un mal director y los productores no quisieron arriesgar su dinero con él. Inició el rodaje de varias películas, pero no pudo concluir ninguna, al retirarle su apoyo los productores. Freemon tenía problemas no sólo con ellos, sino también con los actores, con los que discutía continuamente, porque, según él, no daban el suficiente realismo a sus interpretaciones. Llegó, incluso, a abofetear duramente a una joven actriz.
—¿Cómo eran esas películas, de qué género?
—Todas de terror.
—Terror... —repitió quedamente Robin.
—Sí, y él mismo escribía los guiones. Y qué guiones... Horribles torturas, sangre, sufrimiento... Para mí que Walter Freemon es un sádico. En varias

ocasiones, los actores se quejaron del crudo realismo que Freemon exigía y que los obligaba a soportar, a veces, dolor auténtico. Freemon replicaba que ése era el único modo de lograr de ellos una interpretación perfecta. Un tipo raro, ese Freemon.

Robin apretó los dientes.

—Puede que sea algo más que un tipo raro, Ronald: un loco asesino.

Ronald Ellery abrió la boca.

—¿Loco asesino...?

Robin, brevemente, le habló de Alice Tracy, la joven asesinada.

El crítico de cine quedó horrorizado al saber lo que habían hecho con ella, antes de matarla.

—¿Sospechas que fue Walter Freemon quien...?

—Sí —asintió Robin.

—¿Por qué?

Robin le habló ahora de Samantha Bonner y Marjorie Ardey y lo que ésta le había contado en el restaurante.

Ronald Ellery comentó:

—Ese es otro de los defectos de Walter Freemon. Quiere acostarse con todas las actrices que trabajan en sus películas y si alguna le rechaza, la sustituye inmediatamente por otra.

—Samantha Bonner no le rechazó y ahora corre un gran peligro. Si no la encuentro pronto, ese sádico loco de Freemon y su ayudante la harán sufrir horrores. Puede que haya empezado a sufrir... se temió Robin.

Ronald Ellery se mesó el cabello, abundante y gris.

—No lo entiendo, Robin. Si Walter Freemon filmó todas y cada una de esas espantosas torturas a las que sometió a esa joven, Alice Tracy, no le van a servir de nada. No puede vender su película, porque en cuanto se proyectara una vez, se descubriría que su protagonista es Alice Tracy, la muchacha cuyo cadáver fue encontrado en un acantilado y Walter Freemon sería detenido inmediatamente por la policía.

—Quizá no piense venderla nunca y sólo desee satisfacer su orgullo de director, logrando las más crudas y estremecedoras imágenes jamás filmadas.

—Pero eso...

—Es monstruoso, ya lo sé. Pero no debemos olvidar que Walter Freemon no es una persona normal, sino un sádico, tú mismo lo dijiste. Su obsesión por las películas de terror, con sangre, tortura y sufrimiento, unido a su fracaso como director, han desequilibrado su mente, hasta el punto de haberle llevado a torturar de verdad y matar a una muchacha inocente; Alice Tracy. Y debieron dejarle tan satisfecho las escenas que filmó, que ahora piensa hacer lo mismo con Samantha Bonner.

Ronald Ellery se estremeció.

—Tienes que impedirlo, Robin.

—Eso estoy tratando. Pero no sé dónde puedo encontrar a Walter Freemon. ¿Tú sabes dónde vive?

—Sí, pero es obvio que allí no lo encontrarás. Vive en un céntrico apartamento y ése no es el mejor sitio para torturar a una mujer; entre otras razones, porque sus alaridos de dolor se escucharían en toda la ciudad. Debe haber llevado a Samantha Bonner a algún caserón solitario y alejado, de esos que tienen un húmedo y lúgubre sótano. Allí, por mucho que chille la persona atormentada, nadie puede oírla.

—¿Sabes de alguno, Ronald?

—Bueno, yo suelo viajar bastante en helicóptero y he sobrevolado algunas mansiones viejas y solitarias, sí.

—Eso es lo que voy a hacer yo, Ronald. Alquilar un helicóptero y sobrevolar los alrededores de la ciudad. Sé que Walter Freemon tiene un «Buick» marrón y es lógico pensar que lo habrá dejado frente al caserón escogido por él para filmar las escenas de tortura.

—No es mala pista.

—¿Quieres venir conmigo, Ronald?

—Iba a pedírtelo —sonrió el crítico de cine. Vamos, no hay tiempo que perder.

Ronald Ellery se puso la chaqueta y se marchó con Robin Stockwell.

CAPITULO XIII

Como en los dos desmayos anteriores, Samantha Bonner volvió en sí ayudada por el penetrante olor del amoniaco.

La joven, mucho más débil todavía que antes de sufrir el terrible «baño eléctrico», se encontró de nuevo sujeta a la recia silla de tortura y esto le produjo un estremecimiento de terror.

—No, Dios mío... Otra vez las pinzas de acero no... —musitó casi sin voz.

Walter Freemon, alias «Jerome Wilcox», sonrió, de pie frente a la silla de tortura.

—Tranquilízate, Samantha. No volverás a sentir la dolorosa mordedura de las pinzas metálicas en tus senos y en tu sexo. Esa escena ya está filmada.

Samantha lo miró, extrañada de que, por fin, el director reconociera que las pinzas causaban dolor. Desvió su mirada hacia el musculoso Oliver Cobb, que se hallaba a la derecha de Freemon, el rostro al descubierto. Con voz apagada, preguntó:

—¿Por qué Oliver no sintió dolor, cuando usted le aplicó las pinzas a...?

—No se llama Oliver, sino Stuart. Stuart Holcer. Tampoco yo me llamo Jerome Wilcox, sino Walter Freemon. Te lo revelo porque sé que ya no podríamos engañarte por más tiempo. Los aparatos e instrumentos de tortura son auténticos, no están trucados, y causan dolor auténtico. Tú lo sabes mejor que nadie, porque lo has sufrido en tus propias carnes. Tenemos, no obstante, unas pinzas idénticas a las que Stuart te puso a ti; son de plástico, aunque parezcan de acero, y sólo acarician la carne. Stuart las cambió por las de acero, mientras tú te hallabas desvanecida para hacerte creer, cuando te recobraras, que no causaban ningún daño. Por supuesto, cuando yo se las apliqué a él en las tetillas y en la punta del pene, la corriente no funcionaba, aunque yo simulé que le daba paso. Y tú te quedaste perpleja. Tan perpleja, que logré convencerte de que no habías sentido ningún dolor, que todo había sido producto de tu imaginación.

—¿Por qué? —preguntó débilmente Samantha.

—¿ Por qué te estamos torturando de verdad? La joven asintió levemente con la cabeza.

—La razón es muy sencilla, Samantha. Quiero el máximo realismo en cada escena y lo obtengo al ciento por ciento utilizando aparatos e instrumentos de tortura auténticos — explicó Freemon.

—¿Y lo que yo estoy sufriendo...?

—Gajes del oficio, preciosa —sonrió cínicamente Freemon. Samantha Bonner apretó los labios, faltos de color.

—Es usted un canalla, señor Wilcox.

—Freemon, por favor —recordó el director.

—Y Oliver es otro canalla —Samantha miró al ayudante de Walter Freemon.

—Stuart —corrigió el fracasado director. Samantha volvió a encararse con él.

—Pagarán los dos por esto.

—No, porque nadie sabrá nunca que todo esto ocurrió y se filmó; se trata de una película muy privada. Tú no podrás contárselo a la policía, porque cuando tu cuerpo esté materialmente destrozado por tanta tortura, te mataremos y te arrojaremos a un acantilado, como a Alice Tracy, la joven a la que secuestró Stuart hace algunas noches cuando ella salía del club nocturno donde trabajaba de camarera.

Samantha Bonner sintió una oleada de frío.

—¿También a ella la torturaron...?

—Así es.

—¿Y luego le dieron muerte...?

—Sí. Ya no me servía, todo su cuerpo estaba repleto de heridas, quemaduras y mutilaciones. Por eso la sustituimos por ti.

Samantha volvió a sentir frío.

Su piel se había erizado de tal modo, que hasta los pezones de los senos se habían erguido y vibraban de pánico.

Walter Freemon no desaprovechó la ocasión de acariciárselos con sus gruesos y viscosos dedos.

Samantha sintió deseos de escupirle a la cara. Y lo hizo.

Muy certeramente, además, pues el furioso salivazo le dio de lleno en el ojo izquierdo. Walter Freemon se limpió el ojo y, rojo de cólera, le aprisionó los senos y se los apretó brutalmente, como si deseara triturárselos.

Samantha lanzó un grito terrible pero eso, claro, no ablandó el duro corazón del miserable de Freemon, que siguió llenándola de dolor.

Stuart Holcer intervino:

—Cuidado, señor Freemon. La chica puede desmayarse y perderemos tiempo.

El trastornado director de cine soltó bruscamente los pechos de la muchacha, que sollozó de dolor, la cabeza doblada sobre sus lastimados senos.

—Tienes razón, Stuart. Mejor que sufra con los aparatos de tortura, porque, aparte de que el dolor será mucho mayor, yo podré filmar sus espasmos y sus contracciones de sufrimiento. Para que se vaya haciendo una idea de lo que le espera, le explicaré algunas de las cosas que varaos a hacer con ella.

Walter Freemon agarró del pelo a la joven, mojado todavía, y la obligó a levantar la cabeza.

—Escúchame bien, preciosa. Te sentaremos en una silla parecida a ésta, pero metálica. Está electrificada. En ella, además del dolor de las descargas eléctricas, sufrirás notables quemaduras. Probarás también el «collar eléctrico». ¡Ah! y el «sostén electrificado», que destrozará tus hermosos y altivos pechos. También conocerás las «caricias» de lo que se denomina «el

asador». Consiste en una barra de hierro con corriente, que Stuart pasará por tus brazos, costados, y por entre tus piernas, causándote dolorosas quemaduras. Aquí, en esta misma silla, Stuart te aplicará cables eléctricos al cuerpo, pegados a los senos y al sexo con esparadrapo. Y serán cables pelados. Le diré que te introduzca uno en el paladar y otro en el conducto vaginal. Ya verás cómo te diviertes, cuando haga pasar la corriente.

Samantha Bonner estaba tan blanca que parecía un cadáver y temblaba de un modo alarmante.

El sádico de Freemon siguió horrorizándola con sus palabras:

—Stuart encenderá cigarrillos y te aplicará las brasas por todo el cuerpo, dedicando una especial atención a tus senos, tu vientre, tu sexo y las caras interiores de tus muslos. También te «trabajará» esas zonas y otras, con unas pequeñas tenazas, cuya mordedura es mucho más dolorosa que las de las pinzas de acero. Después, clavará astillas bajo las uñas de tus manos y pies, que luego arrancará, y...

Walter Freemon se interrumpió, al ver que Samantha Bonner emitía un débil gemido y cerraba los ojos.

—¿Qué diablos le pasa ahora? —gruñó.

—Me temo que se ha desmayado, señor Freemon —adivinó Stuart Holcer.

—Si no le he hecho nada...

—No se ha desmayado de dolor, sino de horror. Y es lógico, después de todo lo que le ha dicho usted.

Freemon soltó el cabello de la joven, cuya cabeza cayó bruscamente sobre su pecho desnudo v masculló:

—Despiértala, maldita sea. Quiero proseguir las filmaciones cuanto antes.

* * *

Robin Stockwell y Ronald Ellery llevaban ya casi una hora sobrevolando los alrededores de Los Angeles.

El aparato lo pilotaba el crítico de cine y muy expertamente, por cierto.

Habían divisado ya algunos caserones solitarios, pero en ninguno de ellos vieron parado un «Buick» marrón frente a su puerta, hasta que, por fin, descubrieron la vieja mansión rodeada de árboles y cercada por una alta tapia de ladrillos.

Robin brincó de alegría en el asiento.

—¡Allí, Ronald! —señaló con el brazo.

—¡El «Buick» marrón! —exclamó Ellery.

—¡Al fin dimos con la casa!

—¡Vamos para allá!

—¡No pases el helicóptero demasiado cerca de la casa, Ronald! ¡Podrían oír el ruido del motor y complicarnos las cosas!

—¡Entendido, Robin!

Instantes después, Ronald Ellery posaba el aparato a prudente distancia de

la vieja mansión.

Robin Stockwell, antes de saltar al suelo, indicó:

—¡Regresa a la ciudad y avisa al teniente Fox, Ronald! ¡Que vengan a este lugar inmediatamente!

—¡Prefiero quedarme contigo, Robin! ¡Puedes necesitar ayuda!

—¡Me las arreglaré solo, no te preocupes!

—Pero...

—¡No discutas, maldita sea!

—¡De acuerdo, volveré a la ciudad!

Robin Stockwell descendió del aparato y se alejó de él, corriendo agachado, para no ser alcanzado por las hélices.

Ronald Ellery elevó el helicóptero y pronto se perdió de vista.

* * *

Stuart Holcer ya tenía el frasco de amoniaco en las manos cuando oyó decir a Walter Freemon;

—Espera, Stuart. He cambiado de idea.

—Ya no quiere que despierte a la chica...?

—Sí claro que quiero que la despiertes. Pero, esta vez, no será el amoníaco quien la ayude a recobrarse, sino el «asador». Y yo filmaré su doloroso despertar. Vamos, ponte la capucha.

Stuart Holcer dejó el frasco de amoníaco sobre la mesa, se colocó la capucha y preparó el «asador».

—¿Cuando la chica despierte...? —preguntó.

—Le seguirás pasando el «asador» por todo el cuerpo, hasta que se desvanezca de dolor —respondió Freemon, situado ya detrás de su cámara.

Stuart dio paso a la corriente y acercó el instrumento de tortura al liso y terso vientre de la inanimada Samantha Bonner.

Apenas rozó la suave piel, la joven volvió en sí, dando un alarido de dolor, mientras todo su cuerpo se estremecía, sacudido por la corriente que recibía del «asador».

El sádico de Freemon ya estaba filmando la horrorosa escena.

Stuart Holcer retiró el «asador» del vientre de la torturada, dejando visible la dolorosa quemadura que el aparato había causado y seguidamente se lo aplicó en el costado derecho.

Samantha Bonner lanzó otro largo aullido, al tiempo que se retorcía de dolor en la silla de tortura.

Stuart le aplicó la barra de hierro en el otro costado y luego se dispuso a pasárselo por las caras interiores de los muslos.

En ese preciso instante, una voz tronó:

—¡Basta, canallas!

Stuart Holcer dio un respingo.

También Walter Freemon respingó, detrás de su cámara. Ambos miraron

hacia la escalera del sótano.

Por ella descendía rápidamente Robin Stockwell, empuñando con firmeza su revólver de calibre 38

Freemon y Holcer estaban quietos como estatuas, la sorpresa claramente reflejada en el rostro del primero y en los ojos del segundo.

Samantha Bonner, que lloraba y gemía de dolor, miró también al investigador privado.

—¡Robin! —gritó, la voz ronca de tanto alarido como había lanzado ya su garganta aquel nefasto día.

—Samantha... —musitó Stockwell, sintiendo que la sangre le ardía en las venas al descubrir las espantosas quemaduras que la joven tenía en el vientre y los costados.

Walter Freemon fue a decir algo, pero Robin le estrelló el puño izquierdo en la boca, con toda su potencia.

El director salió despedido hacia el decorado que representaba un cuarto de tortura y cayó a los pies de la silla de roble, donde quedó, dando aullidos, porque el duro puño del investigador le había partido ambos labios y destrozado la dentadura.

—Tú, arroja ese chisme —ordenó Robin a Stuart Holcer. Este obedeció.

—Suelta a Samantha —siguió ordenando Robin. Stuart lo hizo.

Samantha siguió sentada en la silla de tortura, sin fuerzas para levantarse, por lo que Robin indicó al encapuchado:

—Tómala en brazos v deposítala en el suelo, junto a la mesa. Y hazlo con sumo cuidado, o te destrozo las rodillas a balazos.

Stuart Holcer cogió a la joven y la dejó en el suelo, con el máximo cuidado, aunque eso no evitó los quejidos de la torturada.

—Siéntate en la silla y cierra las correas de los tobillos, la del pecho y la de la muñeca derecha —ordenó Robin.

Stuart vaciló, pero al ver que el dedo del investigador empezaba a presionar el gatillo de su arma, obedeció sin rechistar.

Robin se acercó a él, por detrás y le cerró la correa que faltaba, sujetándole la muñeca izquierda. Entonces, le arrancó la roja capucha, dejando al descubierto su rostro.

El investigador levantó su revólver, con intención de golpearle en la boca y en los pómulos con el cañón, pero entonces oyó la voz de Samantha;

—No le golpees, Robin. Stockwell la miró, sorprendido.

—¿No quieres que sufra un poco, después de lo que él te ha hecho a ti...

—Sí, pero quiero ser yo la que los haga sufrir a los dos. Y del mismo modo que ellos me han hecho sufrir a mí —respondió Samantha, con un brillo vengativo en la mirada.

—Me parece justo —asintió Robin.

—Ayúdame a ponerme en pie, Robin.

El investigador la levantó y la sostuvo, rodeándole la cintura con su fuerte brazo. Samantha Bonner tomó las pequeñas pinzas de acero y, después de

comprobar que no eran las de plástico, sino las que Stuart Holcer le pusiera a ella en los pezones de los senos y en el clítoris, se acercó a la silla de tortura, ayudada por Robin Stockwell.

El rostro de Stuart empezó a denotar terror.

—No... —suplicó, encogiéndose en la silla.

—Mil veces pronuncié yo esa palabra, y no me sirvió de nada —recordó fríamente Samantha y le colocó las dos pinzas más pequeñas en las tetillas.

Las facciones de Stuart Holcer tuvieron una contracción, al sentir la dolorosa mordedura de los dientecillos metálicos. Contracción que fue mucho más violenta cuando Samantha le arrancó el taparrabos y le aprisionó el extremo de su miembro con la pinza mayor.

Stuart contuvo a duras penas un grito.

Segundos después, Samantha daba paso a la corriente.

A Robin Stockwell se le encogió el corazón al ver cómo se retorcía el tipo en la silla de tortura, cómo se crispaban sus manos, cómo se salían las bolas de los ojos de sus cuencas, cómo bramaba su garganta, cómo temblaba todo él, estremecido por la descarga eléctrica...

Pero no detuvo a Samantha.

Si aquel par de canallas habían cometido aquella monstruosidad con ella, justo era que la atormentada joven les pagara con la misma moneda.

Walter Freemon, al escuchar los desgarradores alaridos de Stuart Holcer, trató de huir a gatas, pero Robin le detuvo con su autoritaria voz:

—¡Quieto o le lleno el trasero de plomo!

El director se paró en el acto y empezó a temblar, aterrorizado. Poco después, Stuart Holcer se desmayaba.

Robin ordenó a Freemon que soltara a Holcer, se desnudara completamente y ocupara el lugar de su ayudante.

—¡No, por favor! —suplicó el director, entre sollozos. Pero de nada le sirvió.

Cinco minutos después, Stuart Holcer yacía en el suelo, inconsciente y chorreante de sudor y Walter Freemon estaba sentado a la silla de tortura, sujeto por las anchas y sólidas correas, tan desnudo como su ayudante, todo el cuerpo brillante de sudor, porque el terror que sentía le hacía transpirar como un atleta tras un violento ejercicio.

Samantha Bonner no utilizó las pinzas de acero con él, sino el «asador», el cual le pasó por el pecho, la barrigota, los costados, los muslos y los órganos genitales...

Al llegar a este punto, Walter Freemon, que lloraba como una mujer y aullaba como un coyote herido, se desmayó y quedó inmóvil, la cabeza doblada sobre su grasudo pecho.

Samantha Bonner, muy pálida, dejó caer el «asador» al suelo y murmuró:

—Acabo de hacer algo espantoso, lo sé, pero me siento mucho mejor, Robin...

Un instante después, también ella se desmayaba, porque el dolor de las

quemaduras de su vientre y costados era cada vez más insufrible y sólo su deseo de venganza la había mantenido consciente mientras devolvía parte del sufrimiento que ella había padecido en aquel húmedo y lúgubre sótano.

EPILOGO

El teniente Fox y sus hombres llegaban pocos minutos después, acompañados de Ronald Ellery, el crítico de cine, siendo informados por Robin Stockwell de lo sucedido.

Samantha Bonner fue trasladada urgentemente a una clínica, al igual que Walter Freemon, donde recibieron la debida asistencia, mientras que Stuart Holcer, que confesó haber intervenido en aquello por dinero, fue encerrado en una celda, donde más tarde sería encerrado también Walter Freemon.

Aquella misma tarde, Robin Stockwell fue al apartamento de Doris Flavin, la amiga de la infortunada Alice Tracy, e informó a la joven de todo.

—¿Cómo puede haber seres humanos tan monstruosos? —murmuró la atractiva muchacha.

—Para mí, Stuart Holcer es aún más monstruoso que Walter Freemon, porque éste tiene la mente perturbada, mientras que él la tiene sana. Prestarse a eso, sólo porque Freemon le pagaba espléndidamente...

—La ley les castigará a los dos como se merecen.

—Samantha, de momento, ya los castigó por su cuenta.

—Disculpo lo que hizo con ellos. Creo que yo también lo hubiera hecho, si hubiese sufrido lo que ella.

—Samantha Bonner tardará mucho en olvidar todo el horror que ha vivido hoy. Tiene el firme propósito de viajar a Europa, en cuanto esté restablecida y seguramente no volverá a Estados Unidos.

—La comprendo perfectamente.

El investigador se despidió de la joven.

—¿Volveremos a vernos, Robin? —preguntó ella.

—Seguro —sonrió él.

—Yo me alegraría mucho.

Robin la besó en los labios y abandonó el apartamento. Podía haberse quedado.

Doris Flavin lo deseaba, lo leyó en sus cálidos ojos. Hubiera podido hacer el amor con ella.

Pero Robin no tenía ganas de hacer el amor con nadie. Pensaba en Connie Sands, su ex secretaria.

Eran casi las seis y media.

Ya se habría casado con el tal Richard. ¿Sería feliz con él?

No, seguro que no.

Connie no estaba enamorada de Richard, le quería a él. ¿Por qué diablos, entonces...?

La pregunta sobraba, porque Robin conocía la respuesta. Connie quería tener un marido, un hogar, unos hijos...

El hubiera podido ser ese marido, formar ese hogar, engendrar esos hijos... Ella se lo había propuesto y él había dicho que no.

Sinceramente, lamentaba haberío hecho.

Hasta aquel momento, cuando ya había perdido irremisiblemente a Connie, no había sabido lo que realmente significaba ella para él.

Si se pudiera hacer retroceder el tiempo...

Furioso consigo mismo, Robin Stockwell regresó a su oficina.

Al entrar en ella, se llevó la tremenda sorpresa de ver a Connie Sands sentada en su silla y mascando chicle tranquilamente.

—¡Connie! —exclamó, tan alegre como perplejo.

—Hola, Robin —le sonrió suavemente ella.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Quiero seguir en mi puesto.

—¿Y tu boda con Richard...?

—No podía haber boda, porque no existe ningún Richard. Bueno, existen muchos, claro; pero yo no conozco a ninguno.

—¿Quieres decir que me engañaste...?

—Como a un chino.

—¿Por qué?

—Pensé que tal vez, diciéndote que me casaba, lograría pescarte. No fue así. Te gusto, pero no lo suficiente como para hacerme tu esposa y olvidarte de las demás mujeres, así que me resignaré a seguir separando mis lindas patitas para ti en tu sofá, cada vez que me lo pidas. Prefiero compartirte con otras mujeres que no tenerte nunca. Y quién sabe... A lo mejor, con el tiempo, te das cuenta de que ninguna te quiere como yo y decides cargar conmigo para siempre.

Robin rodeó la mesa, puso en pie a su secretaria, la abrazó y la besó en los labios como nunca la había besado.

Cuando separó su boca de la de ella y después de escupir el chicle que Connie había estado mascando y que había ido a parar a la boca de él, Robin pregunto:

—¿Conoces algún juez de paz, Connie?

—Robin... —pronunció ella, con voz ahogada por la emoción.

—Te quiero, y deseo tenerte siempre a mi lado. Sólo a ti. Las demás se acabaron para mí.

—¡Oh, Robin, Robin, Robin...! —lloró de alegría la joven y le cubrió la cara de besos y caricias.

Robin Stockwell volvió a estrecharla con fuerza entre sus brazos y buscó los temblorosos labios de ella con los suyos, para besarla con las mismas ganas de antes.

FIN